CATALINA DE MÉDICIS

DRAMA HISTÓRICO

EN SIETE ACTOS Y OCHO CUADROS

ORIGINAL DE

JUAN B. ENSEÑAT

C. DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA



BARCELONA
Imprenta «La Industria», de Manuel Tasis
Tallers, 6, 8 y 10
1908

CATALINA DE MÉDICIS

CATALINA DE MÉDICIS

DRAMA HISTÓRICO EN SIETE ACTOS Y OCHO CUADROS

ORIGINAL DE

JUAN B. ENSEÑAT

C. DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA



BARCELONA
Imprenta «La Industria», de MANUEL TASIS
Tallers, 6, 8 y 10
1908

PERSONAJES

CATALINA DE MÉDICIS
JUANA DE ESTISSAC
MARÍA ESTUARDO
LA HECHICERA
MARIANA
ROMANESCO
Damas de honor, Camareras, Pajes, etc.
FRANCISCO DE VENDÔME
PUCK (lord Kutwel)
RUGGIERI, astrólogo de Catalina de Médicis
DUQUE DE GUISA
CARDENAL DE LORENA
FRANCISCO II, rey de Francia
COSME, hermano de Ruggieri
RANIERO, hijo de Ruggieri
AMBROSIO PARÊ
EL GRAN CANCILLER
EL CONDESTABLE DE MONTMORENCY
EL BARÓN DE ESTISSAC
RICHEMONT, RENAUVILLE } Caballeros partidarios de los Guisas
MAILLÉ-BRÉZÉ, PARDAILLAN, AUBIGNÉ, CHESNAYE } Caballeros hugonotes
SCAVINO, criado de Ruggieri
FABRICIO, MICAELE } matones
NORMAND, hostelero
MÉDICO 1.°
MÉDICO 2.°
UN CARPINTERO
UN CAPITÁN DE GUARDIAS
UN CALABOCERO
UN MOZO DE HOSTERÍA
ROBERTET, Secretario de Estado, personaje que no habla
Caballeros, Guardias, etc.

A las compañías de reducido personal les será fácil representar esta obra doblando papeles, pues los 18 que á continuación se expresan pueden repartirse entre seis actores:

Cardenal de Lorena, Cosme, Barón de Estissac	Un mismo actor
Francisco II, Raniero, Ambrosio Paré	Id.
Condestable, Scavino	Id.
El Gran Canciller, Fabricio	Id.
Normand, Médico 1.°, Un carpintero	Un mismo actor
Micaele, Un Capitán de guardias, Un calabocero, Un mozo de hostería, Médico 2.°	Id.

La acción en París, á excepción del 5.° acto, que pasa en una hostería de las cercanías de Blois. Año 1560.

Trajes de la época de Enrique II.

DECORACIONES

Acto 1.° { Cuadro 1.°—Antecámara del salón del Trono.
Cuadro 2.°—El salón del Trono, en el Louvre.
Acto 2.°—La Plazuela de Tejedores.
Acto 3.°—Gabinete de Catalina de Médicis.
Acto 4.°—El laboratorio de Ruggieri.
Acto 5.°—Una hostería cerca de Blois.
Acto 6.°—Un calabozo en el Châtelet.
Acto 7.°—La antecámara de Francisco II.



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Antecámara del salón del Trono, en el Louvre. Al fondo el salón del Trono, cerrado por dos grandes cortinas. A la derecha las habitaciones de Catalina de Médicis. A la izquierda la puerta de entrada.

Las indicaciones están tomadas del lado del espectador.

ESCENA PRIMERA

Pardaillán, Aubigné, Maillé-Brezé, Chesnaye, Caballeros protestantes.

MAILLÉ Pero, volviendo á los Guisas, á fe de protestante os digo que el único plan que puede dar resultado es el que acabo de exponer.

CHES. Lo dudo.

MAILLÉ Gracias á su sobrina María Estuardo, los Guisas adquieren cada día más influencia, y ya sabeis el porvenir que á los hugonotes nos espera si el Duque y el Cardenal logran meter mano en el poder.

PAR. Distan mucho de alcanzarlo.

MAILLÉ Esos preparativos que están haciéndose en el Salón del Trono me dan que pensar.

PAR. ¡Bah! algún capricho de la reina.

MAILLÉ ¡Guárdenos Dios de los caprichos de María Estuardo, si obedecen á inspiraciones de sus tíos!

AUBIG. ¿Qué influencia pueden tener los Guisas donde impera la voluntad de Catalina de Médicis?

MAILLÉ Amigo Aubigné, Catalina de Médicis es demasiado sagaz para declarar abiertamente la guerra á los favoritos de su hijo. Creedme; no hay más que un medio de conjurar el peligro que nos amenaza; la fuerza de los Guisas está en María Estuardo.

MAILLÉ Procuremos ganarla á nuestra causa.

PAR. ¡Imposible!

AUBIG. La joven reina se halla dominada por sus tíos.

MAILLÉ Pero no tanto como por el amor.

CHES. Es verdad,

MAILLÉ Ama todavía á Francisco II, que la adora.

PAR. De eso está enfermo el rey: de amar á su esposa con exceso.

MAILLÉ Pero María Estuardo es voluble, y si pusiera su caprichosa voluntad en cualquiera de nuestro partido, capaz de desempeñar las dobles funciones de ministro y favorito...

PAR. Verbigracia, tú.

(Los demás se ríen, menos Aubigné).

MAILLÉ Ya he dicho que me conozco, Pardaillán, y tu gracia no viene á cuento.

AUBIG. Señores, el amigo Maillé, en este momento, no tiene afecto en su corazón más que para su hermosa prima Juana de Estissac, la perla de las doncellas de honor de nuestra reina Catalina...

CHES. Pero le ha salido un rival.

AUBIG. Si, Francisco de Vendôme.

(Pardillán y Comparsas) ¿Vendôme?

PAR. ¿Es cierto, Maillé?

MAILLÉ Si. ¿Alguno de vosotros se atrevería á disputarle la novia?

PAR. Yo prefiero hacerme convidar á la boda.

MAILLÉ ¡Eh! poco á poco ¡qué la boda aún no está hecha!

AUBIG. ¿Te atreverías con Vendôme?

PAR. Maillé está á partir un piñón con su tío.

AUBIG. ¡Ah! ¡Vamos! Cuentas con el padre para vencer la resistencia de la hija.

MAILLÉ Yo nada afirmo. Lo único que puedo asegurar es que mi tío no admitirá nunca por yerno á Vendôme.

TODOS ¡Ah!

PAR. ¡Cómo! ¿No se contenta con uno de los caballeros más linajudos y más bizarros de Francia?

MAILLÉ Vendôme será todo eso y mucho más, pero nadie le quita que sea hijo de su padre.

PAR. ¿Pues?

MAILLÉ Su padre, después de todo, tuvo mucho de aventurero. Sus... hazañas le condujeron al pie del patíbulo, y mi tío no dará su hija á un hombre propenso á seguir el ejemplo de su padre.

PAR. Eso se llama ser previsor.

AUBIG. El bueno del barón de Estissac se pierde de vista.

MAILLÉ Por favor hablemos de otra cosa... Decíamos que los Guisas...
(Movimiento de displicencia en Aubigné y Pardaillán.)
Ya sé que el asunto os desagrada... y acabaré por creer que en el fondo, teneis miedo.

AUBIG. ¿Miedo?

PAR. ¿Miedo?

AUBIG. ¿Nosotros?

CHES. Pero señores... si es cierto lo que dice Maillé, el peligro que nos amenaza es muy serio, y no veo ninguna cobardía en que tratemos de conjurarla. El triunfo de los Guisas significaría fatalmente el fin de esta era de tolerancia que debemos á Catalina de Médicis, la pérdida de nuestro reposo, la persecución dirigida por el Cardenal y ejecutada por el Duque...

MAILLÉ ¡Calla! Ahí veo á Richemont, que inspecciona el salón del trono.

AUBIG. ¿Richemont? ¿El espía del duque de Guisa?

MAILLÉ Un espía fácil de despistar. Pretencioso y vano, suele hablar más que un fraile predicador... Vamos á confesarle.
(Va al foro y lo llama).

¡Richemont!... Precisamente estábamos hablando de vos...
(Aparece Richemont por el fondo).

ESCENA SEGUNDA

Dichos, RICHEMONT

RICHE. No me extraña, caballeros.
CHES. ¡Fatuo! *(A media voz).*
RICHE. ¿Decíais, señor de Chesnaye?
CHES. Yo... nada.
RICHE. Vos sí que dareis poco que hablar en la Corte. Con vuestro humor de ultra-tumba, estais condenado á obscuridad perpetua.
CHES. Vale más que cierta privanza.
RICHE. Dicid, más bien, privanza cierta. Y yo me enorgullezco de privar en la corte y de obtener en Palacio alguna sonrisa que muchos mendigan en vano.
AUBIG. ¿De la reina?
RICHE. De nuestra hermosa reina María Estuardo. *(Movimiento de duda en los otros).* Si lo dudais, podreis convenceros en el consejo real que va á celebrarse. (*Sorpresa en los demás*).
MAILLÉ ¡Ah! ¿El rey va á reunir el consejo? Entonces hay novedades, y novedades que vos no ignorais, Richemont, porque sois el primero en saber cuanto ocurre en Palacio.
RICHE. Efectivamente, raro es el secreto palaciego que yo ignore; pero, por el momento, no os diré más que una cosa. *(Atención general).* Todos los que haceis la corte á la reina madre, en vez de afiliaros á la causa de sus hijos, perdeis el tiempo. (*Movimiento general de impaciencia*). Si contais con Catalina de Médicis, no os arriendo la ganancia.
CHES. ¡Caballero!
RICHE. El señor de Chesnaye no quiere comprender la situación. A la reina madre no le interesa más que el poder. El día que empiece á

abandonaros la suerte, la augusta señora os abandonará á su vez. Nosotros somos jóvenes y debemos mirar hacia adelante, hacia el porvenir. Catalina de Médicis representa el pasado y parece resignada á no representar ya otra cosa.

PAR. ¿De veras? (*Con ironía*).

RICHE. Tengo mis razones para creerlo así.

AUBIG. ¿Pues?

RICHE. ¿Quereis saberlo?... Pues oid... Estas cosas solo pueden decirse al oído. (*Los demás se acercan á él*). Catalina de Médicis ha buscado una compensación...

CHES. ¿Qué compensación?

RICHE. Después de haber consagrado su vida entera á los negocios de Estado, sin más efectos que su amor al poder, pues por no querer á nadie, ni siquiera amó á su real esposo, ahora resulta que tiene un favorito.

MAILLÉ ¿Un favorito? (*En tono de protesta*) ¿Os referís á Ruggieri?

RICHE. No; Ruggieri no es su favorito, ni siquiera su confidente... Catalina de Médicis no confía á nadie sus secretos. Ruggieri no es más que su astrólogo, el nigromante que da pábulo á sus extrañas creencias de italiana supersticiosa.

CHES. Vuestro lenguaje es claro indicio de que los Guisas no se recatan de hablar en presencia de su servidumbre...

RICHE. ¡Señor de Chesnaye!

CHES. Pero olvidais que Ruggieri es algo más que un alquimista. ¡Bien quisieran los Guisas tener servidores tan fieles y desinteresados como lo es Ruggieri para la reina madre!... Pero continuad .. decidnos quien es el favorito.

RICHE. Señor de Chesnaye, yo no admito órdenes de nadie.

(*Chesnaye va á replicar, pero se contiene á un gesto de Maillé*).

MAILLÉ ¡Caballeros!... ¡Calma!... (*á Richemont*) Vuestra conversación es tan interesante, que el deseo de oiros continuar se convierte en im-

paciencia. Estoy seguro de que váis á decirnos algo sorprendente. Sois el único hombre iniciado en los verdaderos misterios de la corte.

RICHE. No hay que exagerar, mi querido Maillé.

MAILLÉ. ¿Quién es el favorito de la reina madre?

RICHE. Todos le conoceis. Es un arrogante mozo, simpático y valiente, tan hábil en toda clase de intrigas como en el manejo de la espada. Y vos (*á Maillé*), debéis conocerle mejor que nadie. Tengo entendido que de algunos días á esta parte se le ve pasear la calle de vuestra prima de Estissac.

PARD. ¿Francisco de Vendôme?

RICHE. ¡Hola! Parece que también estáis enterado. Pues sí, señores: Francisco de Vendôme, el jefe de las tropas del obispado de Chartres, será mañana, si no lo es ya, el gran favorito de Catalina de Médicis.

MAILLÉ. Esta vez, Richemont, estáis mal enterado. Vendôme fué siempre para Catalina de Médicis lo que es hoy: un servidor dispuesto á sacrificarse por ella. Sin duda ignorais lo que le debe á la augusta soñora.

RICHE. ¿Vendôme le debe?...

MAILLÉ Nada menos que su nombre y su fortuna, sin contar con que su padre le debió la vida.

RICHE. ¿Su padre?

CHES. Para un hombre que lo sabe todo, me parece que el señor de Richemont ignora muchas cosas.

RICHE. Espero que me entereis vos, señor de Chesnaye.

CHES. Con mucho gusto. En primer lugar voy á enteraros de una historia que data de la época en que Diana de Poitiers reinaba en el corazón del difunto rey Enrique II. Algunos partidarios de Catalina de Médicis se propusieron librar á su reina de aquella insolente rival; pero su conjuración fué descubierta y transformada por las necesidades de la causa en un complot contra la seguridad del Estado. Vendôme, que era el alma de

la conspiración, fué preso y condenado á muerte.

RICHE. Ya adivino el final de la historia. La reina intercedió...

CHES. Sois mal adivino, señor de Richemont. Catalina de Médicis no podía interceder por nadie cerca de la favorita de su esposo. El día antes del señalado para la ejecución, un desconocido se introdujo en el calabozo de Vendôme y le entregó un elíxir.

RICHE. Y el día siguiente, al ir por el reo, para llevarlo al patíbulo, se encontraron con un cadáver.

CHES. Efectivamente; cadáver que su viuda reclamó y obtuvo.

RICHE. ¿Y á eso llama la reina madre salvar á los que se comprometen por su causa?

CHES. Transcurrido un año y olvidada la conspiración, se supo que Vendôme se hallaba en Inglaterra sano y salvo.

RICHE. ¡Ah! Ahora comprendo...

CHES. ¡Al fin!

RICHE. El elíxir era un narcótico, compuesto quizá por Ruggieri.

MAILLÉ. ¡Con qué penetración lo adivinais todo! Ya no extrañareis, pues, la abnegación del hijo de Vendôme por la que salvó á su padre del patíbulo.

RICHE. La cosa es clara por lo que toca á la gratitud de Francisco de Vendôme, pero no lo es tanto por lo que toca al afecto de la reina Catalina.

CHES. Señor de Richemont, no seais terco. Guardad vuestra novela para mejor ocasión; quizá podais aplicarla á otra reina.

RICHE. ¡Semejante insinuación!...

CHES. Es á cambio de la vuestra. María Estuardo no está al abrigo de sospechas. Nadie ignora su carácter caprichoso. Nadie se explica el papel que desempeña en Palacio ese bufón misterioso y raro que se trajo de Escocia y que ha impuesto á la corte de Francia.

RICHE. ¿Puck? ¿El señor Puck? ¿Ese borracho? Mi mortal enemigo?

PARD. El señor Puck oculta bajo ese apodo su verdadero nombre de lord Kuthwell. Hay quién dice que brilló mucho en la corte de Escocia y que hace de bufón y se entrega á la bebida desde que tuvo que renunciar á cierta pretensión amorosa.

MAILLÉ. ¿También ignorabais eso, Richemont?

RICHE. Yo sé lo que me sé. (*Picado*).

CHES. Caballeros, dejemos esa cuestión, que es indigna de nosotros. En conclusión, censurasteis (*á Richermont*) nuestra fidelidad al pasado... Este pasado fué grande y tiene aún su porvenir, mal que les pese á los señores de Guisa. La viuda de Enrique II sigue siendo reina. La hacienda del reino se halla administrada por sus adictos; el ejército obedece al condestable de Montmorency, que fué gran amigo de Enrique II y continúa siéndolo de su viuda. Cierto es que el clero está por el cardenal de Lorena; pero no olvideis, señor de Richemont, que soplan vientos de reforma y que los jefes nada pueden cuando les abandonan sus secuaces.

RICHE. Gracias por la lección, señor de Chesnaye.

CHES. Haced que aproveche á vuestros amigos.

RICHE. Se reirían de ella.

CHES. ¿Por qué razón?

RICHE. Porque vuestras conclusiones pecan por su base, como no tardareis en ver. Caballeros, Dios os guarde. (*Saluda y se aleja hacia la izquierda*).

MAILLÉ. ¡Eh! ¡Richemont! (*Yendo á detenerle*). ¿Vais á dejarnos bajo la impresión de un enigma? ¿Qué es eso que no hemos de tardar en ver? ¿A qué sorpresa os referis?

RICHE. ¿No hablabais del Condestable, señor de Chesnaye? Aqui le teneis...

CHES. ¡El Condestable en Palacio!

MAILLÉ. ¿Empieza, acaso, la anunciada sorpresa? (*Richemont se cruza en la puerta con el Condestable, á quien saluda. El Condestable, de luto, entra con gravedad. Los demás se descubren y saludan*).

RICHE. (*Ap.*) Me quedo.

ESCENA III

Dichos, el Condestable.

COND. Dios os guarde, caballeros... Parece que os sorprende mi presencia en este sitio.

CHES. Monseñor...

COND. Vuestra sorpresa no es mayor que la mía. Alguno de vosotros podría decirme qué novedad ocurre para que con tanta urgencia me haya llamado el rey? ¿Acaso tenemos guerra?

CHES. Sí, Monseñor, tenemos guerra, pero guerra palatina. Los señores de Guisa toman el poder por asalto.

COND. ¡Ah! Los señores de Guisa... Entonces debe ser peligroso declararse aquí fiel servidor de la viuda de Enrique II... Señores, voy á reiterarle el testimonio de mi lealtad.

CHES. Os haremos escolta, Monseñor.

MAILLÉ.
PARD.
AUBIG. } ¡Sí! ¡Sí!

COND. Gracias, caballeros. (*El Condestable se va por la derecha, seguido de los caballeros protestantes*).

ESCENA IV

Richemont, después Vendôme por la izquierda, después Puck

RICHE. Id con Dios... Ya hablaremos de esta pequeña manifestación. ¡Hola, Vendôme! ¿A dónde vais tan de prisa?

VEND. A ver á la reina madre, que se ha servido mandarme á llamar.

RICHE. Pues no os apureis, que tiene en este momento la visita del Condestable.

VEND. ¡Ah! Razón de más para hacerme anunciar enseguida. El Condestable fué el mejor amigo de mi padre.

RICHE. ¿Permitís que os dé un consejo?

VEND. Hablad.

RICHE. No hay quién reuna aquí mejores condiciones que vos para encumbrarse. Tomad el camino que conduce á las alturas del poder. Acercaos á la corte de la juventud. El pasado... ya pasó. El porvenir.... *(Aparece Puck por el fondo, tatareando una canción).*

PUCK
Érase una hermosa dama
y un bizarro capitán...
Tan-ta-ran-tán
Tarantán-tarantán.

VEND. *(Al mismo tiempo que Puck tatarea á media voz su canción).* Esas miras me repugnan, Richemot. Mi porvenir es cosa mía. Y en cuanto á ese pasado á que aludís, solo os diré que mi padre tuvo por Catalina de Médicis una gratitud y una lealtad de esas que duran toda la vida, y que yo heredé todo lo que él debía á su reina. Quiero, pues, servirla con la misma abnegación y me complazco tanto más en declararlo, cuanto que me constan las corrientes de ingratitud que rodean á la viuda de Enrique II.

ESCENA V

Dichos, Puck

PUCK ¡Toma y vuelve por otra, Richemont! *(Tatareando á media voz).*
Erase una hermosa dama
y un bizarro capitán.

RICHE. Señor Puck, no permito...

PUCK Basta con que me lo permita yo... *(A Vendôme).* Conque decíais á ese modelo de cortesanos que se llama Richemont... *(Tarareando).*
Ton-to-ron-tón
Torontón-torontón...

RICHE. Señor Puck, abusais de los privilegios que os da aquí vuestro papel de bufón.

PUCK Papel que no está al alcance de los tontos, señor de Richemont.

RICHE. ¡Os volveis insolente, señor Puck!
PUCK No os acaloreis, que os van á salir los malos humores á la cara.
RICHE. ¡Ah! *(Furioso; se contiene y se encoje de hombres)*. ¡Bah! no quiero perder el tiempo con un hombre como vos. ¡Qué Dios os guarde, señor de Vendôme!
VEND. Hasta más ver.
PUCK *(Con sorna)*. Id con Dios, señor de Richemont.
RICHE. ¡Que os lleve el demonio, bufón maldito! *(Vase furioso por el fondo)*.

ESCENA VI

Puck, Vendôme

PUCK ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Cómo se descompuso nuestro atildado palaciego!
VEND. Algo duro habeis estado con él, señor Puck.
PUCK ¿Qué quereis? Me horripila ese hablador sempiterno, huero de cascos, tan nulo como pretencioso, bueno, á lo sumo, para dar consejos á las damas sobre el color de sus perifollos.
VEND. ¡Cuidado! Vais á zaherir á la que fué reina vuestra antes que nuestra. Creo que María Estuardo dispensa algún favor á Richemont. *(Puck hace un movimiento de sorda indignación; después dice con gravedad)*.
PUCK La reina María Estuardo es mujer, señor de Vendôme, y mujer muy joven, puesto que aún no ha cumplido veinte años... ¿No es, pues, natural que le guste coquetear un poco? *(Cambiando de tono)*. Si mortifiqué á Richemont, fué para que nos dejase solos.
VEND. Gracias por la preferencia.
PUCK ¿Vais á ver á la reina Catalina?
VEND. A no ser por Richemont, ya estaría yo en la cámara real.
PUCK ¿Quereis encargaros de una comisión... aúnque sea algo desagradable?
VEND. ¿Es de interés para la reina?

PUCK Juzgareis vos mismo. No ignorais los rumores que han circulado acerca de la salud del rey.

VEND. He oído hablar de desmayos, de síncopes ocasionados, según parece, por... ¿cómo diré?...

PUCK Entendido. Ello se murmura por todo París. El rey se casó demasiado joven. Esta mañana ha tenido otro síncope, de más duración que los anteriores. Hora es de que su madre intervenga ó haga intervenir al doctor ..

VEND. ¡Diantre! La comisión es delicada.

PUCK Encargaos de ella, señor de Vendôme. Es preciso que la reina madre intervenga.... si no, el rey está perdido; y por el bien de mi reina, yo quiero que el rey viva!

VEND. ¿Es ese el fondo de vuestro pensamiento?

PUCK ¿Dudariais de mí?

VEND. Señor Puck...

PUCK ¡Hablad! Al bufón de la corte se le puede decir todo... ¿No os atreveis? (*Con amarga ironía*). Yo os ayudaré. Habeis oído decir que bajo el sayo de este bufón se oculta un enamorado de la reina. Pues bien... (*Va á confesar. se detiene y se ríe*), ¡Ja! ¡ja! no lo creais. Quiero á mi reina... como vos quereis á la vuestra. Lo cierto es que daría mi vida por salvar la del rey y mantener la corona de Francia en las sienes de María Estuardo.

VEND. Está bien, señor Puck, cumpliré la comisión ahora mismo.

PUCK ¡Gracias! (*Váse Vendôme por la derecha*).

ESCENA VII

Puck

PUCK ¡Todos saben que la amo! (*Con viva emoción*). ¡Ella!... con el rey!... ¡Ah! Va á empezar el Consejo.

(Mutación. Aparece el salón del Trono. Francisco II y María Estuardo avanzan hablando con ternura. El duque de Guisa y el cardenal de Lorena siguen al cortejo real.

CUADRO 2.º

El salón del Trono en el Louvre. El primer término es el mismo del cuadro anterior. En el fondo el Trono.

ESCENA PRIMERA

El Rey Francisco II, la Reina María Estuardo, el Duque de Guisa, el Cardenal de Lorena, Puck, Richemont, Robertet, Caballeros, Guardias, Pajes. Luego Romanesco.

MARÍA (*Aparte al Rey*). Señor, ¡cuán grato me sería veros libre de los cuidados y fatigas del poder!... ¡Alejarnos de esta corte donde espían nuestro amor... ir á ocultar nuestra dicha en cualquiera de vuestros hermosos castillos de Turena!...

EL REY (*Aparte á la Reina*). Pronto veréis cumplidos vuestros deseos, que son mandatos para mí.

MARÍA (*Id*). ¡Ah! ¡gracias!

EL REY (*Id*). Yo también deseo emanciparme de esa vigilancia irritante y asegurar la paz de nuestros amores. Voy á tomar las disposiciones necesarias. (*En alta voz, buscando á alguien entre los Caballeros*). Nos habían anunciado la llegada del Condestable...

RICHE. Señor, llegó, en efecto, pero ha ido á saludar á Su Majestad la Reina Catalina.

EL REY ¡Ah! Id á avisar á nuestra señora madre que el consejo va á empezar. (*Richemont se va por la derecha. El Rey se dirige hacia el trono. María Estuardo se encuentra un instante al lado del Duque de Guisa, con quien habla aparte*).

DUQUE ¿Y bien?...

MARÍA Es cosa hecha.

DUQUE ¡Gracias! (*El Rey se vuelve. Sonriendo*).

EL REY ¿Qué tramáis con vuestro señor tío?

MARÍA Le suplicaba que os evite toda discusión molesta con el consejo.

EL REY El rey de Francia ordena y no discute... ¿No es verdad, señor duque? (*Subiendo al trono*).

DUQUE Señor, siempre me encontraréis dispuesto á hacer prevalecer vuestra voluntad.

EL REY Se que en vos tengo un buen amigo... ¿Estáis dispuesto á hacernos las proposiciones que teníais pensadas?

DUQUE Sí, señor.

EL REY Está bien. (*A María*). Señora, vuestro sitio es este, á mi lado. (*Maria Estuardo se inclina y se sienta en el trono al lado del rey. Casi al mismo tiempo, Romanesco, desde la puerta de la derecha, anuncia á Catalina de Médicis.*

ROMA. ¡Su Majestad la Reina madre! (*El Duque se estremece; en su semblante se pinta la inquietud*).

ESCENA II

Dichos, Catalina de Médicis, el Condestable, Vendôme, Chesnaye, Pardaillan, Aubigné, Maillé-Brézé.

(*Catalina entra, se dirige hacia el trono, se inclina ante su hijo y ocupa un sillón al pie de María Estuardo*).

CARDE. (*Aparte al Duque*). Mi querido hermano, os veo palidecer. ¿Habéis perdido la confianza?

DUQUE (*Aparte al Cardenal*). El rey es nuestro; pero dudo que se atreva en presencia de su madre....

CARDE. (*Id*). Pues, atreveos vos.

EL REY Mi señora madre, os aguardábamos para abrir el consejo.

CATA. Señor, me perdonaréis la tardanza cuando sepáis que la ha motivado la visita de un gran amigo de vuestro padre, de vuestro servidor más leal... el Condestable. (*Designando al Condestable que se adelanta*).

EL REY Acercaos, señor Condestable. No hemos te-

nido el placer de veros desde la muerte de nuestro querido padre; hemos tenido que mandaros á llamar para comunicaros nuestros deseos.

COND. Señor, recibí vuestro mandato en el momento en que me disponía á venir á presentaros mis respetos y el testimonio de mi lealtad.

EL REY No dudo de vuestra lealtad, señor Condestable. Precisamente, porque estoy seguro de ella, he querido asociaros á los acuerdos que hoy se tomen aquí... Duque, servíos presentar las proposiciones que os haya inspirado vuestro amor al bien público.

DUQUE Señor, cumpliendo vuestras órdenes, procedí á una información minuciosa sobre el estado actual del reino y he podido convencerme de la existencia de un peligro que nadie puede negar. Causa de transtornos para las conciencias, la nueva religión tiende á constituirse en partido político, y, por de pronto, ya constituye una facción. *(Movimiento de indignada protesta en los Caballeros hugonotes).*

EL REY Eso mismo opinamos. Continuad.

DUQUE Si esto dura, vais á veros, señor, en la cruel necesidad de castigar á más de un súbdito rebelde. Para evitar esa pena al corazón de Vuestra Majestad, se podría tomar una disposición.

EL REY Proponedla.

DUQUE Puesto que Vuestra Majestad se digna autorizarme...

EL REY Os lo ordeno.

DUQUE Me atrevo aconsejar á Vuestra Majestad que confíe á manos inflexibles el cuidado de reprimir los amaños de los facciosos, antes de que puedan producir sus efectos. Prevenid, señor, y no tendréis necesidad de castigar.

EL REY Madre, ¿qué os parecen las indicaciones del duque?

CARDE. *(Aparte al Duque).* La víbora va á morder.

CATA. Hijo mío, me parece bien todo lo que tienda á asegurar la paz de vuestro reinado. *(Movimiento de sorpresa entre los hugonotes,*

que se miran unos á otros). Yo os hubiera propuesto lo mismo.

EL REY (*Sorprendido*). Gracias, señora. Condestable, ¿tenéis alguna observación que hacer?

COND. Señor, como soldado, debo limitarme á la obediencia.

EL REY Os pido vuestro consejo.

COND. Señor...

EL REY Quiero saber vuestra opinión. Hablad sin reserva alguna.

COND. Obedezco, señor. Como soldado leal, estoy dispuesto á ejecutar las órdenes de Vuestra Majestad, sin discutirlas; como consejero...

EL REY ¿Cómo consejero?...

COND. No creo poder aprobar las medidas que aconsejan á Vuestra Majestad.

EL REY ¡Cómo! ¿Las desaprobais?

COND. Señor, las cuestiones de conciencia no deben resolverse con la fuerza. La fe se propone y no se impone.

EL REY ¡Señor Condestable! ¿Hemos de dejar el campo libre á semejantes amaños?

COND. Yo repruebo todos los amaños, señor, sean de quien fueren, y tengo el deber de preveniros contra los que, bajo apariencias de una represión que suponen necesaria, tienden á crear á vuestro lado un poder político que contrarreste al poder real. Guardaos de esos amaños, señor; guardaos de consejeros demasiado poderosos; ellos hacen el mal, y los reyes lo expían.

EL REY (*Irritado*). O yo no os comprendo, ó vuestras palabras envuelven una amenaza.

COND. Una simple advertencia, señor.

EL REY ¡Basta! No os suponía capaz de semejante audacia.

COND. No hice más que obedecer á Vuestra Majestad.

EL REY Y vais á obedecerme hasta el fin.

COND. Ahora y siempre, señor.

EL REY ¡Vuestra espada! Entregad al momento vuestra espada de Condestable.

COND. (*Con amargura*). ¡Señor, la espada que recibí de manos de vuestro padre!...

EL REY Cuando se insubordina la cabeza, hay que desconfiar del brazo.

COND. Señor, la desgracia era bastante sin tamaña afrenta. Aquí tenéis mi espada... (*A una señal del Rey, Richemont recibe la espada de manos del Condestable*). ¡Os la devuelvo tal como la recibí: sin mancha! Si os amenaza jamás algún peligro, acordaos de que mi vida os pertenece. ¡Dios guarde á Vuestra Majestad! (*Saluda y se va por la izquierda*).

ESCENA III

Dichos, menos el Condestable

PUCK Está visto que no soy el único loco en la corte.

EL REY ¡Silencio, Puck!

PUCK No os había nombrado, señor.

MARÍA Señor Puck, vais á obligarnos á que os despidamos de nuestra presencia.

PUCK Procuraré evitar tan cruel castigo, señora.

MARÍA (*Al Rey*). Os escuchamos.

EL REY Habéis oído, madre, el lenguaje que con nosotros empleó el señor de Montmorency. ¿Créeis que en mi lugar, el rey mi señor padre hubiese obrado de otra manera que yo?

CATA. Sois el rey, hijo mío. Un solo deseo he de manifestar, y es el de que todos vuestros súbditos respeten vuestros acuerdos y mandatos como los respeto yo misma.

RICHE. (*Aparte á Chesnaye*). ¿Qué tal? (*Los caballeros protestantes se miran sorprendidos y apesadumbrados*).

EL REY Gracias, madre. Celebro vuestra aprobación y voy á concluir. Acepto las proposiciones del señor Duque de Guisa, y como nadie mejor que él había de poder desempeñar la misión cuya necesidad nos ha demostrado, á él se la confío, nombrándole teniente general del reino... Duque, nuestro secretario de Estado, Robertet, os entregará el nombramiento.

DUQUE Estoy á las órdenes de Vuestra Majestad.
EL REY ¿Qué opina mi señora madre?
CATA. Que el nombramiento es acertado.
EL REY Hay otro cargo que me parece en decadencia y que, hoy más que nunca, exige grandísimos cuidados... Señor Cardenal, he resuelto confiaros la administración de nuestra hacienda.
CARDE. (*Inclinándose*). Señor...
EL REY Extenderá también el nombramiento nuestro secretario de Estado. ¿Le parece bien á mi señora madre?
CATA. Muy bien, hijo mío.
EL REY Señores, ha terminado el consejo. (*Bajando del trono, acompañado de su esposa*). Madre... ¡Dios conserve vuestra salud! (*El Duque y el Cardenal se acercan á María Estuardo y le dan las gracias*).
CATA. ¡Y la vuestra, hijo mío, sobre todo la vuestra, que tantas inquietudes me causa!
EL REY ¿Inquietudes? ¿Y por qué? ¡Si no estoy enfermo!
CATA. Hoy mismo habéis tenido un síncope...
EL REY Consecuencia natural de preocupaciones de hoy más disipadas.
CATA. Para tranquilizarme del todo, ¿por qué no dejáis que cs vea Ambrosio Paré?
EL REY Reconozco la sabiduría de ese gran médico, pero no me hace falta por ahora.
CATA. Os lo suplica vuestra madre.
EL REY Y yo suplico á mi madre que no insista.
CATA. ¡Hijo mío!...
EL REY (*Aparte á su madre*). Sé lo que quieren que me ordene Ambrosio Paré... Pero yo amo á mi esposa y no habrá quien me separe de ella un solo día. (*Se aleja de su madre. Puck gira en torno de María Estuardo, que recibe demostraciones de gratitud de parte de los Guisas*).
PUCK ¿Ni una sola mirada, mi señora Reina?
MARÍA No seais pesado, señor Puck. (*María Estuardo se vuelve hacia Richemont y le dice sonriente*). Señor de Richemont, necesitamos

de vos para un viaje que vamos á emprender. (*Richemont, satisfecho, se inclina*).

EL REY (*A la Reina*). Vuestra mano... (*Aparte*). ¿Estáis contenta de vuestro Rey?

MARÍA (*Aparte al Rey*). Tan contenta como enamorada. (*El Rey y la Reina se van seguidos del duque de Guisa, del Cardenal y de los demás cortesanos. Puck, demudado, pone la mano en el hombro de Richemont, que se inclina profundamente al paso de los Reyes, y le dice en voz baja y con sonrisa irónica*).

PUCK Señor de Richemont, vais á partiros por el espinazo. (*Váse detrás del cortejo real*).

RICHE. (*Aparte*). Está celoso. (*Váse detrás del cortejo por la izquierda*).

ESCENA IV

Catalina de Médicis, Vendôme, Chesnaye, Pardaillan, Aubigné, Maillé-Brézé.

(*Después de haberle dirigido el Rey su última frase, Catalina se ha inclinado; mientras la Corte se retira, la Reina madre parece reflexionar, busca á alguien en torno de ella y se acerca á Vendôme con quien habla aparte en voz baja*).

CHES. (*A los demás hugonotes*). Señores, Richemont tenía razón. De hoy más, los Guisas son nuestros amos; se acabó la era de la tolerancia; van á empezar las persecuciones... ¡Y nuestra reina da su aprobación!... ¡Y nuestra reina abdica!...

CATA. ¿Quién habla?

CHES. Perdonad, señora...

CATA. No olvidéis, señor de Chesnaye, que el rey es quien manda, y que á mí me toca obedecer... como á vos. Podéis retiraros, caballeros... Quedaos, Vendôme. (*Los Caballeros saludan y se van Maillé-Brézé, al marcharse, mira á Vendôme y dice*).

MAILLÉ ¡También aquí es el preferido!

ESCENA V

Catalina de Médicis, Vendôme, luego Ruggieri.

CATA. Quiero justificarme á vuestros ojos del reproche que se me acaba de hacer.

VEND. Señora, yo no me asocio á los que os acusan.

CATA. Habéis visto elevar á los Guisas á los primeros cargos del reino; me habéis visto humillada en la persona de mi amigo el Condestable; y me habéis visto aprobar todas las decisiones del rey! ¿No os parece digna de censura mi actitud?

VEND. Señora, solo sé que en el momento del peligro supremo, salvasteis á mi padre... Aún cuando el mundo entero os acusara, quedaría yo para creer en vos y defenderos.

CATA. ¡Gracias! ¡Ah! Bien sabéis que mis protestas hubieran sido inútiles, que todo lo que ha pasado en el Consejo estaba convenido de antemano... El mismo Condestable así lo ha comprendido, y estoy segura de que puedo seguir contando con su amistad, como cuento con la vuestra...

VEND. Nunca os faltará la mía. A todo estoy dispuesto por vos, señora. Mandad y me complaceré en ejecutar vuestras órdenes.

CATA. ¿En cualquier momento?

VEND. En cualquiera.

CATA. ¿Por difícil que sea la misión?

VEND. Aunque en ella arriesgue mi vida, que os pertenece, como os perteneció la de mi padre.

CATA. ¡Cuán grato me es oir tan nobles y generosas palabras!... ¡Id, Vendôme, y que Dios os conceda la ventura que merecéis! (*Le da la mano á besar. Vendôme, después de inclinarse y besarle la mano, se va por la izquierda*).

ESCENA VI

Catalina y Ruggieri

RUG. El favorito de mañana... (*Aparte en el dintel de la puerta derecha*).

CATA. (*Aparte sin ver á Ruggieri*). ¡Noble y generoso cual ninguno! ¡Fiel hasta la abnegación!... ¡Oh! ¡bien merece ser amado!... (*Ve á Ruggieri*). ¡Ah! ¿Estabais aquí, maestro Ruggieri?

RUG. He sabido lo que ha pasado en el Consejo...

CATA. ¿Recordais aquella vieja hechicera que me presentasteis en el castillo de Chaumont?

RUG. No olvido nada de cuanto puede interesar á mi reina.

CATA. Su vaticinio se ha cumplido. La desgracia del Condestable ha seguido de cerca á la muerte de mi esposo. ¡Buscadme otra vez á esa mujer!

RUG. Iré á Chaumont...

CATA. Quiero consultarla de nuevo... Quiero que me diga la verdad...

RUG. ¿Sobre?... (*Con recelo é intención*).

CATA. (*Cortada*). Pues... sobre la salud de mi hijo.

RUG. La obligaré á que hable...

CATA. No; quiero interrogarla yo misma.

RUG. Entonces la haré venir. (*Pausa*). ¿Y qué más?

CATA. Nada más... por ahora... Esta noche... ó mañana, os mandaré recado... cuando os necesite... Dejadme meditar. (*Se va. Ruggieri saluda*).

ESCENA VII

Ruggieri.

Sé lo que quieres preguntar tú misma á la hechicera. Pero cuando llegue, será tarde. Se habrá cumplido ya el destino de Vendôme. (*Sombrío*). Durante veinte años, todo lo he sacrificado por tí, consagrando mi vida á hacer de tí una gran reina. Atento á todos tus deseos, ejecutor de todos tus designios, te aseguré el poder. Hoy se te escapa... y yo quiero que lo recobres. Entre ese poder y yo, surge un favorito... ¡El favorito desaparecerá!

FIN DEL PRIMER ACTO



ACTO SEGUNDO

La plazuela de Tejedores, en París. En el fondo, la casa del barón de Estissac, con puerta y balcón practicables. A la izquierda la hostería del *Soleil d'Or*. Decoración partida á fin de que se vea el interior de la hostería. En el fondo de ésta, una puerta que da á la plaza, y á la izquierda otra puerta que comunica con el interior del establecimiento.

ESCENA PRIMERA

Micaele y Fabricio.

(*Al levantarse el telón, estos dos rufianes aparecen sentados á una mesa, con vino servido, en la hostería*).

MIC. ¿De modo que no quieres decirme por cuenta de quien vamos á trabajar?

FAB. Vuelvo á repetirte que no estoy más enterado que tú. Scavino me propuso un negocio, diciéndome que era cosa de nuestra competencia... (*Scavino cruza la plaza y llama á la puerta de la hostería*). «Démonos cita para esta noche, dijo. ¿Dónde? En la hostería del Sol de Oro. ¿A qué hora? A las diez y media». Y aquí estamos. La media acaba de dar y... (*Scavino llama*). ¡Calla! Apuesto á que es Scavino. (*Va y abre la puerta*). ¿No lo dije? El es... ¡Queridísimo amigo!... (*Scavino entra*).

ESCENA II

Dichos, Scavino, luego Normard.

SCA. ¡Hola, camaradas!
FAB. Hemos sido puntuales.
SCA. Está bien. ¿Y el hostelero?
MIC. En la cueva. Ha ido por vino del superior.
SCA. ¡Hola! ¡Maese Normand!
NORM. (*Dentro*). ¡Voy! (*Entra Normand con dos botellas de vino*).
SCA. ¡Date prisa!
NORM. (*Entrando*). ¡Ajá! Vais á beber cosa buena. (*Pone las dos botellas sobre la mesa*).
FAB. ¿Cumpliste mi encargo?
NORM. Al pie de la letra. Despedí á todo el mundo y esta noche sois aquí los amos.
SCA. ¡Bien! Pues llena los vasos y déjanos solos.
NORM. (*Llenando los vasos*). Añejo de Anjou, como no lo bebe el mismo rey. (*Fabricio acaricia la otra botella*).
FAB. ¡Ay! ¡Normand, qué envidia te tengo!
NORM. ¡Envidia! ¿A mí?
FAB. Eres... ¿cómo diré?... Eres mi ideal.
SCA. ¡Hombre! ¿Tú tienes ideales, Fabricio?
FAB. Cada cual tiene el suyo. Hay quien aspira á ser obispo; yo ambiciono ser hostelero, como Normand.
SCA. (*Riendo con los demás*). Para poder hartarte... sin pagar el gasto. ¡Qué cosas tiene ese Fabricio!
FAB. Hablo con formalidad.
SCA. Siendo así, celebraré que tus deseos se cumplan... y si algún día puedo ayudarte á realizar tu bello ideal, lo haré con mil amores. Mientras tanto, pensemos algo en lo presente. Déjanos solos, maese Normand, y, oigas lo que oyeres, hazte el sordo y el mudo. (*Le echa una moneda que el hostelero recoge*). ¿Has comprendido?
NORM. (*Examinando la moneda*). Sí, señor. ¡Me haré el muerto! (*Vase*).

ESCENA III

Dichos menos Normand.

SCA. (*Brindando*). ¡A vuestra salud, camaradas!

FAB. / MIC. ¡A la tuya, Scavino! (*Beben*).

SCA. (*Paladeando el vino*). ¡De rechupete!

FAB. ¡Y de fuerza! Con dos ó tres vasos de este añejo en el cuerpo, se siente uno con ánimos de arremeter aunque sea contra el mismísimo diablo.

SCA. (*Echando vino*). Entonces, bebe.

FAB. ¡Qué! ¿Vamos á vernos las caras con el diablo?

SCA. Peor que eso. Se trata de un hombre que vale por tres.

FAB. ¿Por tres?... ¿Por tres hombres como nosotros?

SCA. Tal vez.

MIC. ¡Ca! No conozco más que uno en todo París que pueda competir conmigo.

FAB. Supongo que te refieres al único hombre que á mí me impone respeto.

MIC. Me refiero á Francisco de Vendôme. (*Movimiento en Scavino*).

SCA. ¿Vendôme? Efectivamente... maneja bien la espada... Pero somos tres...

MIC. / FAB. ¿Eh?

FAB. ¿Se trata de él?

MIC. En ese caso...

SCA. (*Aparte*). Capaces serían de negarse... (*Alto*). Tranquilizaos, no se trata de Vendôme.

FAB. ¿Pues de quién? (*Scavino escucha hacia la puerta*).

MIC. A mí me gusta saber á quien despacho para el otro mundo.

SCA. ¿De qué sirve?

FAB. ¡Toma! Aún cuando no sirviese más que para hacer decir una misa en sufragio de su alma...

SCA. ¡Vaya! ¡Basta de bromas! Hablemos con

formalidad. (*Vuelve á escuchar*). Me parece que han llamado.

MIC. (*Yendo á ver*). No oí nada. (*Entreabre la puerta*). No veo á nadie.

SCA. ¡Ah! (*Aparte*). ¡Si mi señor habrá cambiado de plan!

FAB. ¿A quién esperas?

SCA. Al que paga.

FAB. ¡Ah! entonces, mira otra vez, Micaele...

SCA. Es inútil. Llamará de modo que se le oiga. A propósito, vamos á fijar nuestra retribución. Pero, ante todo, bebamos. (*Beben*). Pues bien, hay cien escudos para cada uno de vosotros dos.

FAB. ¡Cien escudos! (*Con decepción*).

MIC. ¡Quita allá! (*A Scavino*).

SCA. ¡Cómo!

FAB. Es lo que hemos cobrado siempre por cada prójimo suprimido.

SCA. ¡Entonces!...

MIC. Como ese vale por tres...

FAB. Tienes que darnos trescientos escudos.

SCA. Vais siendo demasiado exigentes, camaradas.

FAB. No pedimos más de lo justo.

SCA. ¡Osais hablar de justicia! ¡Ea! Discurramos con formalidad. (*Llenando los vasos*). Otro trago, Fabricio. (*Beben y discuten en voz baja*).

ESCENA IV

Dichos, en la hostería; Juana y Mariana en el balcón.

JUA. Yo no podía seguir disimulando Le amo, Mariana, y como estoy segura de que me corresponde, se lo confesé todo á mi padre.

MAR. ¿Y qué dijo mi señor?

JUA. Lo que presumía mi primo Maillé-Brézé. El nombre de Vendôme asustó á mi padre.

MAR. ¿Por qué razón?

JUA. Lo ignoro.

MAR. ¿Y es verdad que os tiene destinado otro marido?

JUA. Así parece.

MAR. ¿Y vos cederéis?

JUA. ¿Yo? He dado mi corazón á Francisco de Vendôme, y voy á darle también mi palabra de no casarme con nadie sino con él.

MAR. Eso es más fácil de prometer que de cumplir.

JUA. A las once en punto pasará por aquí á recibir mi respuesta.

MAR. ¿Esta noche?

JUA. Y mi respuesta... (*Ata su pañuelo al balcón*). Es este pañuelo.

MAR. ¿Qué significa?

JUA. Que estoy resuelta á ser su esposa.

MAR. ¿Contra la voluntad de vuestro padre?

JUA. Contra la voluntad de todo el que se oponga. Pero mi padre me quiere demasiado para no ceder.

MAR. ¡Ay! ¡Dios lo quiera!

JUA. Dios lo querrá, Mariana. ¿Quién, si no Dios, inspiró á mi padre la idea de ir esta noche al Louvre, á consultar mis propósitos con la reina madre?

MAR. ¿Esperáis que la reina?...

JUA. Sé por mi primo lo mucho que se interesa por Francisco de Vendôme. Pero ahí viene mi padre. Retirémonos... Estoy impaciente por saber la contestación de la reina. (*Se retiran del balcón*).

ESCENA V

Scavino, Fabricio y Micaele, en la hostería. El Barón de Estissac y un Criado, en la plaza, donde llegan por la derecha.

BAR. ¿Qué dices? ¿Qué has oído hablar en el balcón?

CRIA. Se me figuró... pero por más que miro, no veo nada. ¡Está la noche tan obscura!

BAR. ¿Habrá sido mi hija? La pobre se pasa las noches en blanco. ¡Ay! ¡qué situación la mía! Diera cuanto poseo por hacer feliz á mi Juana, y me veo obligado á destrozarle el corazón.

CRIA. ¿Obligado?

BAR. Dirás lo que dicen todos... que mis temores son infundados... que el señor de Vendôme es el marido que le convendría á mi hija...

CRIA. Y así lo creo, señor.

BAR. Pues te engañas. Acabo de consultar á la reina madre.

CRIA. ¿Y Su Majestad aprueba que desairéis al señor de Vendôme?

BAR. La reina no se pronuncia jamás. Díjome, de un modo evasivo, que respondía de la lealtad de Vendôme. Sé á qué linaje de aventuras arrastró al padre esa clase de lealtad y sé que el hijo sigue sus huellas. No quiero que mi Juana se vea expuesta á vivir en continua zozobra; no quiero que tome por marido á un hombre de cuya vida dispone la tenebrosa Catalina de Médicis. Voy á decírselo á mi hija; atenderá á mis razones y desistirá de su empeño... Vamos... (*Entra en su casa*).

CRIA. Sermonear á una chica enamorada es predicar en desierto. (*Entra en la casa*).

ESCENA VI

Scavino, Fabricio, Micaele.

SCA. En fin, puesto que no hay medio de haceros entrar en razón, se os darán los trescientos escudos.

FAB. A cada uno de los dos.

SCA. A cada uno.

MIC. Así y todo, no es mucho pagar, tratándose de un hombre que vale por tres.

FAB. ¿Palabra que no es Vendôme?

SCA. ¡Vuelta! Y aunque lo fuese... ¿Has de tenerle miedo, tú que eres el primer espadachín de París?

FAB. Después de él... Además, hay otra cosa.

SCA. Dila, hombre, dila. Dí que te alegrarías de que fuese Vendôme para exigir doble cantidad.

FAB. No es esto. Es que sentiría morir sin haber gozado la dicha de ser hostelero.

SCA. ¡Qué tonterías! No se trata de morir, sino de matar.

FAB. ¡Cierto! Pero tengo entendido que Vendôme es el nuevo favorito de la Médicis, y la Médicis no perdona á quien toca á sus protegidos. Preferiría morir de vejez en mi cama de hostelero, á perecer en la horca. ¿Tengo razón, Micaele?

MIC. ¡Vaya que sí!

SCA. (*Escuchando*). Esta vez no me engaño. (*Va á la puerta y la entreabre. Una ronda atraviesa la plaza*).

FAB. (*Á Micaele*). Será el de los escudos. (*Scavino vuelve á cerrar la puerta y se junta otra vez con ellos*).

SCA. ¡Nada!

MIC. Sin embargo, oigo pasos. (*Ruggieri atraviesa la plaza y escucha á la puerta de la hostería*).

SCA. Es la ronda. (*Llenando los vasos*). ¡El último trago! A vuestra salud y por el eterno reposo del alma del que vamos á despachar para el otro mundo. (*Después de beber*). *Ite misa est.*

MIC. }
FAB. } *¡Deo gratias!*

ESCENA VII

Dichos, Ruggieri, embozado; luego Puck, dentro

RUG. (*Ap.*) Ahí están mis hombres. (*Llama dando tres golpes en la puerta*).

SCA. Esta vez no hay duda, es él. Aguardad un instante... el tiempo de recibir los escudos y vuelvo.

FAB. Hazle entrar y hablaremos,

SCA. Es inútil. Mi hombre paga bien, pero gasta pocas palabras. (*Scavino sale y cierra la puerta tras sí, Fabricio y Micaele cambian sus impresiones en voz baja*).

RUG. ¿Scavino?

SCA. El mismo, señor.

RUG. (*Desembozándose*). ¿Cuántos hombres tienes ahí?

SCA. Dos.

RUG. Son pocos.

SCA. Pero buenos, sin contar con que yo soy también de la partida, y ya sabeis lo que estoy dispuesto á hacer por vos.

RUG. Lo se, Scavino, pero esta vez tengo mis temores.

SCA. Con mi cabeza os respondo de que el hombre quedará en el sitio.

RUG. ¿Ajustáste el precio?

SCA. Mil escudos.

RUG. ¡Mil escudos! ¿Vais á empezar á explotarme?

SCA. Sois injusto conmigo, señor. Se lo que os debo, porpue no olvido que me salvasteis de la horca; os sirvo únicamente por gratitud. De esos mil escudos, no hay uno solo para mi. ¡Quereis hablar con esos hombres?

RUG. No, no! Supongo que no les habrás dicho mi nombre.

SCA. No lo pronuncio jamás.

RUG. A la menor traición...

SCA. ¡Yo haceros traición, señor!...

RUG. A la menor imprudencia, vas definitivamente á la horca.

SCA. Estoy tranquilo y podeis estarlo también.

RUG. Conque mil escudos... ¡Mucho dinero es!

SCA. Mis dos hombres valen por cuatro.

RUG. Y el otro también. En fin, cuento contigo... (*Aparte*). Además, yo no les perderé de vista (*Alto*). A las once en punto, el hombre pasará por debajo de ese balcón, como pasa todas las noches. Atacadle de modo que quede en el sitio.

SCA. Os juro, señor, que no escapará. Ya solo falta, pues, que me entregueis el dinero.

RUG. ¡Mil escudos! Tú no me explotarás... pero dejas que los otros me exploten.

SCA. Podeis comprobarlo señor...

PUCK (*Dentro*). Tan tarantan... tarantan, tarantan...

RUG. (*Aparte*). ¡La voz de Puck!

SCA. Por allí viene alguien. (*Derecha*).

RUG. Es un borracho que no os va á estorbar... A estas horas suele ir dando tumbos.

PUCK (*Dentro pero más cerca*). Érase un hermosa dama y un bizarro capitán... Tan tarantan... tarantan, tarantan.

RUG. (*Tirando un bolso á Scavino*). Ahí van los mil escudos... Entra... (*Se aleja*).

SCA. Gracias, señor. (*Vuelve á entrar en la hostería y enseña el bolso á Micaele y á Fabricio que le acogen con júbilo*).

ESCENA VIII

Dichos y Puck

PUCK (*Canturreando*). Érase una hermosa dama y un bizarro capitán.
(*Hablado*). ¡Calla! una sombra que se desliza... Yo conozco ese andar... Sí, sí, es Ruggieri... ¡Eh! maestro Ruggieri!... ¿Te has vuelto sordo? (*Levantando la voz y dando algunos pasos hacia él*). ¡Brujo de mal agüero!... ¡Alquimista del diablo! ¡Bandido palaciego! ¡Envenenador! (*Ruggieri ha desaparecido*). No contesta. Sin embargo le he llamado por todos sus nombre... No creo haberme equivocado... ¿Qué demonios estará haciendo por aquí, á tales horas, ese maldito Ruggieri? Nunca le ví en la taberna... Pero á mí ¿que me importa? Vamos á ahogar por hoy el último suspiro. (*Llama á la puerta de la hostería. Los tres bandidos se extremecen*).

FAB. ¿Será tu hombre que vuelve?

MIC. ¿Habrá cambiado de idea?

FAB. No devuelvas el dinero.

SCA. Voy á ver.

PUCK (*Llamando más recio*). ¡Maese Normand! ¿Te haces el sordo, esta noche?

MIC. (*Medio desenvainando su espada*). Un impertinente que viene á estorbarnos.

FAB. (*Id*). ¡Mala peste!...

SCA. ¡Silencio! Veamos antes... (*Entreabre la puerta*. ¿Quién llama?

PUCK ¡Cómo! no me reconoces?

SCA. ¿Que quereis?

PUCK (*Empujando la puerta*) ¡Vaya una pregunta! ¿Estás durmiendo? ¡Despierta, hombre!

SCA. (*Interceptándole el paso*). Dispensad; la hostería está cerrada.

PUCK ¿Cerrada? Para Puck no lo está nunca.

LOS TRES ¡El señor Puck!

PUCK (*Entrando*). ¿Qué dices tu? que la hostería está cerrada! ¡Y sois tres á beber!... Eso es demasiado egoismo.

SCA. Dispensadme, señor Puck... No os había reconocido... Estamos aquí arreglando un asunto muy serio.

PUCK (*Echándoles una mirada*). ¿El testamento de algun prójimo?... Se os conoce en el semblante.

LOS TRES Señor Puck!

PUCK Acerté ¿eh?... Si estorbo... no gasteis cumplidos... (*Indicando la puerta)*. Beberé solo. (*Mientras los demás se consultan*). ¡Maese Normand!... ¡Traete lo mejor de tu bodega!

SCA. Señor Puck, Normand se ha puesto enfermo... y ha tenido que acostarse.

PUCK ¡Ah! Entonces me serviré yo mismo. (*Va y coge un vaso del aparador y dos botellas del mostrador*).

SCA. (*Bajo á los demás*). No nos estorbará. Dentro de diez minutos, roncará sobre la mesa.

PUCK (*Destapando una botella*). Arreglaos ¿eh? Ya os he dicho que yo bebería solo. (*Fabricio y Micaele van á protestar, Scavino les contiene*).

SCA. Como querais, señor Puck. Os cedemos el puesto.

PUCK (*Bebiendo*). Ceded, ceded... ¡Buenas noches!... A propósito, no le hagais sufrir mucho al pobre... despachadle en un santiamen.

SCA. Señor Puck, yo os juro...

PUCH ¡No jures, que te vas á condenar! Y si hemos de dar fe á lo que dice el cardenal de Guisa,

parece que, gracias á la religión nueva, los buenos sitios van á escasear en el infierno... ¡Id! Id á vuestro oficio!... Yo, á beber. (*Se llena el vaso*).

SCA. ¡Qué el vino os sea ligero, señor Puck! (*Los tres asesinos salen á la plaza, donde se quedan hablando en voz baja*).

PUCK Gracias Buenas noches. (*Bebe*). Tres matones pagados por el hombre que no me quiso contestar... Empiezo á creer que, en efecto, era Ruggieri. ¿A quién tendrá interés en suprimir ahora? (*Se llena el vaso y bebe*). ¡Hum! Este vinillo es muy grato al paladar. (*Continúa bebiendo*).

MIC. Falta que venga.

SCA. Vendrá, á las once en punto.

FAB. ¿Cómo le vamos á reconocer?

SCA. Se detendrá al pie de ese balcón.

FAB. ¿Qué balcón? No se ve nada... Tu amo hubiera podido escoger una noche menos obscura.

SCA. ¿Quisierais que se os alumbrase con antorchas?

FAB. ¡Eh! un poco de luz no vendría mal. (*La luna empieza alumbrar*).

SCA. ¡Toma! ¿Todavía te quejarás? Pedistes luz é inmediatamente salió la luna... Van á dar las once... Embosquémonos en este portal... (*Se emboscan*).

PUCK ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Después de todo, á ese hombre que suprimen... le hacen un favor... (*Sombrío*). Favor que nadie me hará á mí! (*Llena su vaso y bebe*). ¡Bendito sea el vino... que hace olvidar!... ¡Beber!... ¡olvidar!... ¡Enamorado de la reina!... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!... (*Bebe y su razón se extravía. Dan las once en un reloj de torre*).

MIC. (*Contando las horas*). Dos... tres... cuatro... (*Continúa en voz baja*).

FAB. (*Escuchando*). No viene nadie...

SCA. Paciencia. Estoy seguro de que el hombre vendrá.

MIC. Nueve... diez... once... (*Todos escuchan*).

FAB. ¡Siento pasos!

PUCK (*Borracho*). ¡Mi reina!... ¡mi reina!... (*Deja caer la cabeza sobre los brazos apoyados en la mesa. Aparece Vendôme por la derecha*).

ESCENA IX

Dichos, Vendôme, luego Juana y Ruggieri

VEND. (*Al pie del balcón*). ¡El pañuelo! ¡Gracias, Juana! Venceré todos los obstáculos.

SCA. (*Bajo á sus compañeros*). ¡A él! (*Desenvainan las espadas y se arrojan sobre Vendôme. Este se vuelve bruscamente y desenvaina su espada*).

VEND. ¡Quién va! (*Contándolos á medida que lo atacan*). ¡Uno!... ¡dos!... ¡tres! (*Defendiéndose*). ¡Diablos! ¡Tres nada menos! O sois muy cobardes ó no teneis mala opinión de mí... Voy á tener que mostrarme digno de mi reputación.

JUANA (*En el balcón*). ¡Ruido de espadas! ¡Cielos! ¡Socorro! ¡Asesinos! (*Entra. Puck se extremece*).

VEND. (*Defendiéndose*). ¿Ois? Va á acudir gente... Despachad pronto... ¡Atacad de una vez! (*Atacando*). ¡Cobardes! (*Aparece Ruggieri embozado*).

RUG. (*Aparte*). ¡Quién ataca es él! ¡Ya decía yo!...

VEND. ¿Os asustan las tinieblas? (*Aumenta la claridad de la luna*). ¡Gracias á Dios! Vamos á vernos mejor las caras.

SCA. ¡Hola! Ya es nuestro. (*Vendôme, atacado de frente y por ambos costados, retrocede*).

VEND. (*Contra el muro de la hostería*). ¡Aún no!

PUCK (*Tratando de levantarse*). Riñen... los tres rufianes... el hombre á quien se suprime.

FAB. ¡Sangüe di Christo! ¡Este hombre es el diablo!

VEND. ¡El diablo, no, canallas! ¡No soy el diablo! Pero soy Francisco de Vendôme.

MIC. }
FAB. } ¡Vendôme! (*Aflojan en su ataque y retroceden*).

SCA. ¡Mil rayos! ¡Duro en él!

VEND. (*Atacando*). ¡Sí! ¡Duro! Estais robando el di-

nero á quién os paga. ¡Toma para tí! (*Fabricio, herido de un brazo, deja caer la espada*).

FAB. ¡Me ha herido!

VEND. (*A Micaele*). Para tí.

MIC. (*Cayendo*). Llegó mi vez. (*Ruggieri se ha deslizado por detrás de Vendôme y le da una puñalada en la espalda*)

RUG. Para tí.

VEND. (*Cayendo*). ¡Ah!

RUG. (*A Sca. y Fab.*) ¡Llevaos á vuestro camarada! (*Huye*). (*Scavino y Fabricio se llevan á Micaele. Durante la riña, Puck ha logrado levantarse y se ha dirigido dando traspiés hacia la puerta, pero en el momento de llegar á ella cae por tierra*).

VEND. (*Tratando de levantarse*). ¡Me ha matado! ¡Socorro! ¡Me muero! ¡Socorro!... No quiero morir!... (*Cae desvanecido*). (*Se abre la puerta del hotel de Estissac y salen apresuradamente á la plaza el Barón, Juana, Mariana y criados con luces*).

ESCENA X

Vendôme, el Barón de Estissac, Juana, Mariana, Criados

JUANA ¡El! ¡él! ¡es él! (*Cae de rodillas junto á Vendôme*).

BAR. ¡Señor de Vendôme!

VEND. (*Abriendo los ojos*). En nombre del cielo, no me dejeis morir.

JUANA No moriréis. Yo estoy aquí... soy yo... Juana...

VEND. (*Cayendo desfallecido*). ¡Juana! ¡Juana!

BAR. ¡Hija mía! las conveniencias exigen...

JUANA ¡Padre! Acordaos de lo que os tengo dicho. Mi vida irá unida á la de Francisco de Vendôme. Si le dejais morir, yo le seguiré en la muerte.

BAR. ¡Hija mía! Piensa en lo mucho que te quiero, y ¿qué sería de mi si te perdiese?

JUANA En nombre de mi madre que desde el cielo nos ve y nos juzga, dejádmele salvar ó morir con él.

BAR. Hija mía... Precisamente en nombre de la que fué tu madre...

CRIADO (*En voz baja*). Señor, ved lo que haceis, no os expongais á que puedan sospechar que teneis algo que ver con el asesinato de este hombre, que pretendía á vuestra hija contra vuestra voluntad y sucumbe á la puerta de vuestra casa.

BAR. ¡Sospechar de mí! (*A los criados*). Entrad este hombre en mi casa é id enseguida á buscar al médico Ambrosio Paré.

JUANA ¡Gracias, padre mío!

BAR. Cúmplase tu voluntad, hija de mi alma, si tal es tu destino.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Gabinete de Catalina de Médicis, en el Louvre. A la derecha, puertas que dan á las habitaciones dé Catalina. A la izquierda un corredor que conduce á la sala de guardias. En el fondo amplia puerta que da á la galeria de Pajes. A la derecha puerta secreta que sirve de paso á Ruggieri. Al levantarse el telón, el paje Romanesco, sentado sobre un almohadón, acaba de cantar nua canción florentina al son de un laúd.

ESCENA PRIMERA

Catalina, Romanesco

CAT. ¡Basta, Romanesco! tu canción hoy no me distrae.

ROM. La linda canción del hermoso país de mi reina...

CAT. ¡Basta, repito! (*Para sí*). ¡Ah! ¡El sueño de anoche! ¡Horrible sueño que no cesa de perseguirme! (*A Romanesco*). Ve á buscar á mi astrólogo.

ROM. Voy, señora. (*Vase por la derecha*).

ESCENA II

Catalina, después Ruggieri

CAT. ¡Horrible sueño! ¡Perdido todo poder. . arrojada de Francia... desterrada por mi propio hijo!... y todo porque uno de mis emisarios

se deja arrancar el secreto de su misión... ¿Qué misión?... No hay sino una que pueda inquietarme: la de Inglaterra; y Raniero, á quien elegí para desempeñarla, me fué propuesto por Ruggieri... y es su propio hijo... ¡Bah! es una locura el preocuparme de este sueño... (*Entra Ruggieri*). ¡Ah! ¿sois vos, Ruggieri?

RUG. (*Grave*). Me habéis hecho llamar, señora...

CAT. Quiero consultaros algo muy serio que me preocupa... Pero ¿qué tenéis? Diríase que vos también estáis preocupado. ¿Me traéis quizá alguna mala nueva? ¿Estoy amenazada de alguna desgracia?

RUG. La desgracia ya sobrevino y no os hiere á vos, señora, sino á mí. Raniero ha muerto.

CAT. ¿Vuestro hijo?

RUG. Acabo de saber que el barco en que volvía de Inglaterra... ha naufragado en alta mar.

CAT. (*Que se ha extremecido*). ¡Ah! ¿Estáis seguro?

RUG. ¡Ay de mí! Por desgracia la noticia es cierta. Tripulantes y pasajeros han perecido...

CAT. ¿Todos?

RUG. Todos.

CAT. (*Respirando y santiguándose*). ¡Dios reciba en su seno el alma del hijo y tenga piedad del padre! Id, Ruggieri... entregaos á vuestro dolor.

RUG. No puedo consentir que mi dolor haga esperar á Vuestra Majestad. ¿Deseabáis consultarme?...

CAT. Reflexionándolo bien, encontré la explicación que buscaba. Podéis retiraros.

RUG. Es que deseaba daros una noticia que no puede menos de seros agradable.

CAT. ¿Qué noticia?

RUG. La de que está fuera de peligro uno de vuestros mejores servidores, el señor de Vendôme.

CAT. ¡Vendôme!

RUG. Me han dicho que el médico Ambrosio Paré ha logrado salvarle.

CAT. ¡Ah! Después de lo que me referistéis acerca

de su percance, podíais haberos dispensado de volver á hablarme de ese hombre. ¿Qué interés puede inspirarme la suerte de un caballero que se expone á que le maten por escalar el balcón de una de mis damas de honor?... Porque ¿no es eso lo que me contastéis del señor de Vendôme?

RUG. Sí, señora.

CAT. Pues no hablemos más de ello. Otros cuidados tengo que me asaltan y me privan de todo reposo. La salud de mi hijo va decayendo por momentos. Y á propósito ¿habéis olvidado que espero hace ocho días la llegada de esa vieja de Chaumont, única que puede revelarme el porvenir que está reservado á mi hijo?

RUG. Vuestras órdenes están cumplidas.

CAT. ¿Habéis hallado á esa mujer?

RUG. Está en París; en mi casa.

CAT. ¿Por qué no ha venido aquí?

RUG. Esperaba que vos lo ordenáseis.

CAT. Id á buscarla. Tengo prisa por saber...

RUG. Voy pues. (*Se inclina y se va por la puerta secreta de la derecha*).

ESCENA III

Catalina

CAT. Su hijo ha muerto... Por fin, me veo libre de esa angustiosa pesadilla. ¡Su hijo!... En el mío debo yo pensar; en el mío que la escocesa ha sustraído á mi autoridad para entregarlo á los Guisas; en el mío que quizá va á morir también. ¡Morir!... ¡Fatal destino!... ¡Ah! y, sin embargo, esa muerte, cuya idea me espanta ¡cuántas intrigas desbarataría!... ¡Cuán nubes vendría á disipar! Yo sería entonces reina omnipotente, por todos y en todo obedecida; la verdadera reina, única dueña del poder. ¡El poder!... Me acusan de no amar otra cosa... ¿Puedo yo amar algo más, yo que nunca tuve la dicha de ser

amada? El rey mi esposo no amó en su vida más que á Diana de Poitiers; mis hijos me tienen miedo; mis partidarios, ó los que tal se llaman, no buscan en mí sino el medio de satisfacer su ambición... Una sola vez he creído encontrar un alma leal, un corazón desinteresado... Por él sentí realmente algo que me atraía y al día siguiente... ¡Ah! ¡Vendôme! ¡Vendôme, á quien iba á amar... á quien ya amaba!... ¡Y esa Juana de Estissac que parece huirme!... ¡Ah! ¡Basta! No pensemos más en ello... ¡Pero si no puedo arrancar de mi corazón el dardo emponzoñado que lo desgarra!... el recuerdo irritante de esa humillación que clama venganza... Sí, sí, me vengaré de ella como de todas las que sufro. (*Llaman á la puerta de la derecha*). ¿Quién es? (*Alto*). ¡Adelante! (*Aparece Juana*). ¡Ah! ¿sois vos, señorita de Estissac? Creía que habías desaparecido del mundo de los vivos.

ESCENA IV

Catalina, Juana

JUANA Vengo, señora, á poner mis excusas á vuestras plantas, á suplicaros me perdonéis la ausencia á que me he visto obligada...

CAT. ¿Obligada? ¿Ha sido en cumplimiento de algún deber que habéis faltado al servicio de vuestra reina?

JUANA Sí, señora; pero cumpliendo ese deber, no dejaba de servir á Vuestra Majestad.

CAT. Explicaos.

JUANA Los días de esta ausencia que os habéis dignado notar, los he pasado á la cabecera del más leal de vuestros servidores, el señor de Vendôme á quien mi padre recogió moribundo.

CAT. ¿Vuestro padre? ¡Pues si me dijeron que el señor de Vendôme había sido herido por los criados del barón de Estissac! (*Movimiento

de asombro en Juana). Sí, señorita, sí, por los propios criados de vuestro padre, que sorprendieron, según parece, al señor de Vendôme en el momento de escalar uno de los balcones de vuestra casa.

JUANA Os han mentido, señora, y esa calumnia sería doblemente odiosa si no fuese absurda.

CAT. ¡Oh! ¡oh! hija mía, hablais con un calor de que no os cría capaz ..

JUANA Señora, hablo como es natural que hable una joven que defiende su propia honra al mismo tiempo que el honor de su prometido.

CAT. ¿Vuestro prometido?

JUANA Después de haber pedido consejo á Vuestra Majestad, mi padre otorgó mi mano al señor de Vendôme... Permitidme añadir que para obtenerla, no tenía necesidad de escalar mi balcón, pues Vendôme es de los hombres para quienes se abren de par en par todas las puertas.

CAT. ¡Muy bien! Me place veros tan franca y resuelta.

JUANA Señora...

CAT. Que sea enhorabuena, hija mía. Lo que bien empieza, bien acaba. Tan fausta noticia me llena de júbilo, y deseo contribuir á vuestra dicha, empezando por poner mi firma al pie del contrato matrimonial...

JUANA ¡Cuántas bondades, señora!

CAT. No tenéis que darme por ello las gracias. Yo soy la que debo estaros agradecida, á vos y á vuestro padre... Gracias á vosotros, el más decidido de mis partidarios vive, cuando yo le juzgaba perdido por siempre para mí como para todo el mundo... Y, á propósito, explicadme como ocurrió su desgracia. Se me mintió villanamente; mentira menos odiosa que inverosímil, como habéis dicho vos misma. Yo quisiera saber la verdad, y vos podéis decírmela sin duda.

JUANA Sí, señora. Yo conozco la verdad, por lo menos en parte.

CAT. Decidme cuanto sepáis.

JUANA El señor de Vendôme fué víctima de una tentativa de asesinato... Estorbaba á alguien. ¿A quién? Lo ignoro; no se le conocían enemigos. Acometido, la otra noche, por tres hombres dispuestos á todo, iba á salir con ventura de lance tan comprometido, cuando acudió un villano que le hundió su puñal en la espalda... La herida era mortal, y ha sido menester toda la ciencia de Ambrosio Paré para conjurar el peligro... Esto es, señora, todo lo que sé.

CAT. (*Con ironía*). Ya es algo, señorita, sobre todo si no habéis sido víctima, á vuestra vez, de algún engaño.

JUANA El señor de Vendôme es incapaz de mentir. Yo le ví, además, con mis propios ojos, defendiéndose contra sus asesinos.

CAT. ¿Y en ocho días aún no me habéis pedido justicia?

JUANA El señor de Vendôme vive, señora. Si hubiese muerto, yo misma le hubiera vengado.

CAT. (*Examinándola*). ¡Ah! Decididamente reconozco en vos el espíritu de una heroína de novela.

JUANA No, señora, no; lo que hay en mí es un corazón que ama al señor de Vendôme, que ha consagrado toda su energía á este amor y en él encontrará la fuerza necesaria para arrostrarlo todo.

CAT. ¡Bien, hija mía! ¡Bien! Volved al lado de vuestro prometido, que os espera sin duda... ¡Id! y no olvideis que deseo firmar vuestro contrato de boda.

JUANA En nombre de mi padre, en el del señor de Vendôme y en el mío os doy gracias, señora. (*Le besa la mano y se va por la derecha. El capitán de guardias aparece por la izquierda*).

ESCENA V

Catalina, El Capitán de guardias, después Richemont

CAT. (*Aparte*). ¡Me has robado á Vendôme!... Yo le alejaré de tí! (*Al capitán*). ¿Qué hay?

CAP. Un enviado de Su Majestad el Rey.

CAT. (*Aparte*). ¿Un emisario de mi hijo? (*Alto*). Hacedle entrar. (*El capitán se inclina y sale*). ¿Qué ocurrirá? He aquí que me asalta nuevamente la terrible pesadilla. (*Richemont entra; permanece en la puerta y espera, inclinado*). Ya os escucho, señor de Richemont.

RICHE. Señora; el Rey se ha dignado encargarme que presente sus respetos á Vuestra Majestad y le entregue esta carta y este paquete.

CAT. Daréis las gracias al Rey en nombre de su madre... ¿Debéis llevar alguna respuesta?

RICHE. No, señora. Mi misión se reduce á lo que he tenido el honor de decir á Vuestra Majestad.

CAT. Está bien. Podéis retiraros. (*Richemont saluda y se va*).

ESCENA VI

Catalina, duda un instante, después abre la carta y lee

«He creído que os sería grato recuperar el objeto que os envío por mi mensajero. Nos lo ha entregado en persona el médico Ambrosio Paré, que le retiró de la herida del señor de Vendôme...» (*Hablado*). ¿Qué significa?... (*Desenvuelve el paquete*). ¡Un puñal! (*Vuelve á leer*). «He creído que os sería grato recuperar...» (*Hablado*). ¿Recuperar, yo?... ¿qué quiere decir?... (*Ruido en la puerta*). ¿Quién va? (*Oculta en su pecho la carta y el puñal*).

ESCENA VII

Catalina, Ruggieri, después la Hechicera

RUG. (*Entrando*). Señora... la hechicera de Chaumont está ahí, esperando vuestras órdenes.

CAT. Que entre.

RUG. (*En el quicio de la puerta*). Venid. (*La Hechicera entra y da algunos pasos hacia Catalina, mirándola fijamente*).

CAT. (*Aparte y esquivando sus miradas*). Sí, es ella; es su misma mirada que escudriña hasta el fondo del alma. (*A Ruggieri*). Gracias, Ruggieri. Dejadme sola con ella. (*Ruggieri se inclina y sale*).

ESCENA VIII

Catalina, la Hechicera, después Ruggieri

(*Catalina va á asegurarse de que la puerta está bien cerrada*).

CAT. (*Volviendo*). ¿Me reconocéis?

HECH. Te he visto ya en Chaumont. Me consultaste acerca del Rey... No se me olvida nada.

CAT. ¿Sabéis lo que quiero consultaros hoy?

HECH. Lo sé.

CAT. Probádmelo.

HECH. Eres audaz.

CAT. Ni aún la muerte me arredra.

HECH. ¿Has pensado bien lo que exiges de mí?

CAT. Lo he pensado bien.

HECH. En el misterio del porvenir hay cosas que no es dado sondar sin extremecerse, sobre todo cuando se es madre y se trata de un hijo.

CAT. (*Extremeciéndose, aparte*). ¡Ha leído en mi pensamiento! (*Alto*). ¿El porvenir reservado á mi hijo es, acaso, tan terrible?

HECH. Terrible y próximo.

CAT. ¡Próximo!... ¿Qué queréis decir?

HECH. Demasiado me has comprendido. Los días de tu hijo están contados.

CAT. ¡Desgraciada!

HECH. La desgraciada eres tú. Dí, puesta la mano sobre tu pecho: ¿No podrías salvar á tu hijo y, sin embargo, no le salvas, ni le salvarás?

CAT. ¡Yo! ¡yo! ¡su madre!

HECH. ¡Tú! ¡su madre!

CAT. ¡Miserable! voy á...

HECH. Anda, atrévete... Leo tu amenaza en tus ojos. En el instante en que yo pase esta puerta, ésta, la puerta secreta por la que se me ha hecho entrar aquí, la puerta maldita que no se abre sino ante aquellos á quienes tú has condenado...

CAT. ¡Calla!... ¡Calla!

HECH. En el mismo instante extenderás tu mano hacia esos tapices, apretarás un resorte y yo caeré en la eternidad de tus mazmorras.

CAT. ¡Engendro del infierno, has dicho demasiado! Tú misma has decretado tu muerte... Confiesa que has mentido en lo referente á mi hijo, ó sino...

HECH. Tu amenaza no me asusta: no la ejecutarás.

CAT. ¡Me retas!

HECH. No hago más que decirte la verdad.

CAT. Patrañas é imposturas.

HECH. En el libro del destino está escrito que tú debes vivir el tiempo que yo viva. Estoy pronta á morir. Y tú ¿lo estás?

CAT. ¡Ah! (*Llama*). ¡Vete!

HECH. Aún no me has dado las gracias.

CAT. ¡Vete, mujer infernal! ¡Vete! (*A Ruggieri, que entra*). Arrojadla de aquí.

HECH. Ya me voy, pero nos volveremos á ver.

CAT. ¡Nunca!

HECH. Volverás á llamarme para que te diga el porvenir de tus otros dos hijos... ¡Hasta luego! (*Váse*).

ESCENA IX

Catalina, Ruggieri

CAT. ¡Desgraciada de mí! Mis otros hijos también... (*Ha llevado sus manos al pecho.*

Siente el puñal bajo su mano). ¿Qué es esto? (*Saca la carta y el puñal*). ¡Ah! sí, el envío del Rey. Volved á llamar á esa mujer; quiero que me aclare este misterio. ¡Se me acusa á mí de haber hecho asesinar á Francisco de Vendôme! Este puñal que mi hijo me envía, es el que... (*Examinando el puñal*). ¡Un puñal florentino, con la marca de mi armero!... ¡Un puñal salido de mi casa!... Pero ¿no llamáis á esa mujer? (*Ruggieri permanece inmóvil*). ¿Habéis oído?... Os ordeno...

RUG. Es inútil.

CAT. ¿Qué decís?... ¿Qué significa?... ¡Oh! (*Acercándose á él lentamente y mirándole con fijeza á los ojos*). Este puñal es el vuestro... ¡El asesino sois vos!

RUG. Yo soy.

CAT. ¡Y os atrevéis!...

RUG. Lo único que siento es haber errado el golpe. Estoy dispuesto á justificar mi conducta, si es preciso.

CAT. (*Recalcando las sílabas*). ¡Justificar!... justificar el asesinato del más fiel de mis servidores...

RUG. Por ese servidor estabais á punto de olvidar que sois reina y que debéis reconquistar el poder de que los Guisas os han despojado.

CAT. Vendôme no era un obstáculo para ello.

RUG. Cuando se ambiciona el poder, no debe amarse otra cosa; á él debe sacrificarse todo.

CAT. ¡Ah!

RUG. Fué porque os ví expuesta á perderos que herí á Vendôme. Ahora, juzgadme. (*Llaman á la puerta de la izquierda*).

CAT. ¡Silencio!... ¡Adelante!... ¿Qué hay?

ESCENA X

Dichos, el Capitán de guardias

CAP. Un desconocido solicita el honor de una audiencia.

CAT. ¿Su nombre?

CAP. Se niega á decirle, pero afirma que Vuestra Majestad espera su visita...

CAT. (*Aparte*). ¿Por qué tiemblo? (*Alto*). ¿Habéis visto antes de ahora á esa persona en Palacio?

CAP. Nunca. Es un anciano que habla poco. No he podido conseguir de él más que estas dos palabras que me ha encargado repitiera á Vuestra Majestad: París-Florencia...

RUG. (*Aparte*). ¡La contraseña! ¿Quién será ese mensajero? Pero ¿qué me importa si no puede ser mi hijo?

CAT. (*A Ruggieri*). Ese anciano debe ser alguien á quien en otro tiempo habré favorecido... Tened la bondad de retiraros, y esperadme en vuestras habitaciones. (*Ruggieri se inclina y sale. Al capitán*). Haced entrar á ese hombre. (*El capitán sale*).

ESCENA XI

Catalina, después Raniero

CAT. (*Mirando salir á Ruggieri*). Acertaste, Ruggieri; más no tolero á nadie que se erija en juez de mis actos. Me heriste al herir á Vendôme... Yo te heriré en el corazón... En el corazón... imposible; no amaba más que á su hijo y su hijo ha muerto. (*Entra Raniero*). ¡Ah! aquí está el anciano... (*Alto*). ¿Quién sois? ¿Qué me queréis?

RAN. Llego de Londres, señora.

CAT. ¿Vos?

RAN. Y traigo á Vuestra Majestad la contestación que espera.

CAT. La contestación... Pero ¿quién sois? Yo no os he confiado ninguna misión.

RAN. Señora, el joven que enviastéis á Londres con una misión secreta, temiendo ser descubierto y causar vuestra perdición, ha vuelto bajo el disfraz de un anciano. (*Se quita la barba postiza y la peluca*).

CAT. ¡Raniero!

RAN. Yo mismo, señora.

CAT. Pero vuestro padre me anunciaba hace un momento que habías perecido...

RAN. ¿Mi padre? ¿Mi padre cree que he muerto?... Es natural: en mi ansia de cumplir con mi deber, he llegado á París antes que el mensajero que debía tranquilizarle acerca de mi suerte... ¡Pobre padre!... He estado, en efecto, á punto de perecer, pero Dios vela por Vuestra Majestad y protege á los que bien la sirven. Oid la respuesta de Su Majestad la Reina Isabel: «Estamos dispuestos...»

CAT. ¿La respuesta es verbal?

RAN. La traía bajo pliego, pero viendo la muerte cercana y considerando que el pliego destinado á Vuestra Majestad podía ser hallado sobre mi cadáver...

CAT. ¿Destruiste el pliego?

RAN. Sí, pero después de haber grabado su contenido en mi memoria, á fin de poderlo transmitir á Vuestra Majestad en caso de salvarme...

CAT. (*Disimulando su preocupación*). Bien; ¿y el contenido era?...

RAN. «Estamos dispuestos á secundar los propósitos de Vuestra Majestad. Apoyaremos en Francia todo cuanto se intente realizar contra los Guisas: Aquí tendremos el campo libre contra la Escocia».

CAT. ¿Y nada más?

RAN. Vuestra Majestad puede estar segura de que no he olvidado una sola palabra. Os suplico me perdonéis la falta que sin duda he cometido al enterarme de un secreto que solo á vos pertenecía.

CAT. Efectivamente, sois aún muy joven para compartir conmigo tal secreto. (*Aparte*). ¡Mi fatal sueño! Otra vez acosa mi mente el recuerdo de aquella horrible pesadilla!

RAN. Señora, sepultaré este secreto en el fondo de mi alma.

CAT. Estoy segura de ello... Id á tranquilizar á vuestro padre. ¿Le queréis mucho?

RAN. Procuro corresponder al inmenso cariño

que me tiene. Para él no existe más que su hijo en el mundo... después de Vuestra Majestad.

CAT. (*Aparte*). ¡Ah! ¡sí! A un tiempo aniquilo el secreto y logro mi venganza. (*Alto*). ¡Id pronto, id!... (*Raniero se dirige hacia la puerta de la izquierda. Catalina le señala la puerta secreta*). Por ahí no... Por aquí... Esa puerta es la del corredor secreto que conduce á las habitaciones de vuestro padre.

RAN. ¡Oh! ¡gracias, señora! (*Se inclina y vase. Catalina le mira alejarse; se acerca al tapiz indicado por la Hechicera; extiende la mano y, en el momento en que Raniero atraviesa el dintel, la apoya en el punto en que se supone un resorte. Aparte alejándose*). Corro á tranquilizarle. (*Se abre á sus pies un escotillón y cae en el fondo*). ¡Ah!

CAT. ¡Dios de venganza!... Ya no me arredrará más aquella angustiosa pesadilla. ¡Ya estamos en paz, señor Ruggieri! Cuando se ambiciona el poder, no debe amarse otra cosa. (*Llama*).

ESCENA XII

Catalina, Romanesco

ROM. ¿Mi reina me llama?

CAT. Continúa tu canción. (*Siéntase. Romanesco coge el laud que dejó sobre una mesa, se sienta á los pies de Catalina y preludia el acompañamiento de su romanza mientras baja el telón*).

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Sala en las habitaciones de Ruggieri

ESCENA PRIMERA

Cosme, Scavino, después Ruggieri

COSME ¿Sabes adónde ha ido mi hermano?

SCA. No; pero ya lo podeis suponer. Mi señor está aún procurando averiguar el paradero de su hijo.

COSME Hace ya ocho días que en vano le busca... Vamos, Scavino, dime la verdad; dímela. ¿No es una invención tuya lo que has referido á mi hermano á fin de consolarle? ¿Es cierto que Raniero logró salvarse contigo del naufragio?

SCA. Repito que vinimos juntos hasta Mantes. Allí Raniero me dijo: «Debemos separarnos, pues no conviene que entremos juntos en París; toma la delantera, y, en cuanto llegues, avisa á mi padre para que se tranquilice.» Sus precauciones obedecían á un temor muy fundado, pues los arqueros me detuvieron en Saint-Germain, donde los sayones del duque me hicieron pasar una noche de tormento; todo lo cual retrasó, por desdicha, mi llegada. (*Entra Ruggieri*).

COSME ¿Es verdad lo que dices? ¿Me lo puedes jurar?

RUG. No es necesario que lo jure.

COSME ¡Hermano mío!...

RUG. (*A Scavino*): Vete. (*Scavino se va*).

ESCENA II

Ruggierí, Cosme

COSME ¿Qué tienes?... ¿Sabes algo?

RUG. Vengo del palacio de Guisa.

COSME ¿Tú?

RUG. Sí, yo. Y dentro de breves momentos el Duque estará aquí.

COSME ¿Aquí?... ¿Y la Reina acudirá á la entrevista que ha dispuesto con Vendôme?... ¿Es que la pena te hace perder el juicio?

RUG. La pena... es verdad; hace una hora creí volverme loco... Hallé á mi hijo.

COSME ¡Ah!

RUG. ¡Sí, le hallé... muerto!

COSME ¡Muerto!

RUG. ¿Quieres verle?

COSME ¿Dónde?

RUG. Conoces como yo las mazmorras secretas del Louvre.

COSME ¿Acaso tu hijo?...

RUG. Catalina de Médicis le ha hecho perecer en uno de sus calabozos subterráneos.,

COSME ¡Ella!

RUG. Sí, esa mujer por quien lo he sacrificado todo, esa hija de mercaderes florentinos á quien hice reina de Francia; esa mujer cuya grandeza y poderío fué hasta hoy la única pasión de mi vida, me ha matado á mi hijo!

COSME ¡Qué horror! Eso no es posible; no habrá sido ella.

RUG. No la defiendas. Ya está juzgada por mí. He hecho averiguaciones que me han destrozado el corazón. Yo estaba en las habitaciones de la Reina cuando llegó mi hijo bajo el disfraz de un anciano. ¡Desdichado hijo mío! Entró

en la cámara real para no volver á salir. ¡Ah! ¡Reina miserable! ¡Reina sin corazón! ¡Monstruo coronado!... Sepultó á mi hijo en los abismos de una de sus mazmorras malditas... ¡Pobre hijo mio! (*A Cosme*). ¿Comprendes ahora porque vengo de casa del duque de Guisa?

COSME ¿Y harás traición?...

RUG. ¿Traición? Justa venganza. Ese monstruo de maldad no cometerá más crímenes.

COSME ¡Silencio!... Alguien llega...

ESCENA III

Dichos, Scavino, luego el Duque

SCA. Señor, la persona á quien esperais está aquí.

RUG. Que entre. (*Scavino sale*). (*A Cosme*). Quédate. Has tomado parte en mi sufrimiento... quiero que asistas á mi venganza.

DUQUE Señor Ruggieri...

RUG. Podeis entrar sin temor alguno, monseñor. Mi hermano Cosme, para quien no tengo secretos. Estais aquí tan seguro como en vuestra propia casa; os lo garantiza mi juramento.

DUQUE En el he fiado.

RUG. Y os será cumplido.

DUQUE Así lo espero. Hablad. Me prometisteis la revelación de un secreto mortal para mis enemigos.

RUG. Y voy á cumplir mi promesa. (*Va á la izquierda y abre una puerta*). Dignaos entrar ahí. (*El Duque se acerca y retrocede*).

DUQUE ¿Qué intentais? ¿Con qué objeto quereis que entre en esa obscura habitación?

RUG. ¡Entrad, Monseñor! No deis lugar á que piense que el vencedor de Calais se asusta de un poco de obscuridad.

DUQUE Es que os conozco, señor Ruggieri.

RUG. ¡No, Monseñor, no, aún no me conoceis! Hace un momento, en vuestra casa, juré por el

alma de mi hijo. ¿Quereis saber cómo ha muerto?

DUQUE ¿Vuestro hijo?

RUG. Sí; ¿sabeis quién me le ha matado?

ESCENA IV

Dichos, Scavino, luego Catalina

SCA. (*Anunciando en voz baja*). ¡La Reina!

RUG. (*En voz baja*). Entrad, Monseñor... ¡Por el Dios de la justicia, no me priveis de mi venganza! (*El Duque hace un gesto y entra en el cuarto. Alto á Scavino*), Está bien. (*Scavino sale. Ruggieri va al encuentro de la Reina*).

CAT. ¿No estabais solo, que me habeis hecho esperar?

RUG. Estaba con mi hermano, señora. Mi hermano que no puede resignarse tampoco á creer en la muerte de mi hijo.

CAT. ¿No comprendeis que es inútil rebelarse contra el destino?

RUG. (*A Cosme*). Déjanos solos.

COSME (*En voz baja, saliendo*). Piensa en lo que arriesgas.

RUG. ¡Déjame!

ESCENA V

Catalina, Ruggieri

RUG. Ya estamos solos, señora.

CAT. ¿Sabeis á quien espero?...

RUG. ¿Estais segura de que el señor de Vendôme vendrá?

CAT. Me ha dado su palabra.

RUG. Hoy es el día de su boda... Adora á su mujer...

CAT. Te he dicho que me ha dado su palabra.

RUG. También acaba de darla á su esposa y para siempre.

CAT. ¡Ah! ¡No me hagais dudar! Necesito creer. Es preciso que Vendôme venga y vendrá.

RUG. Perdonadme. Quise decir que, además del señor de Vendôme, teneis algún servidor leal, dispuesto á arriesgar la vida por vos.

CAT. ¡El ha de ser! Sólo él puede llevar á cabo lo que voy á pedirle... y lo hará. Basta ya de humillaciones... Me han provocado y contesto. Los Guisas caerán. No me han dejado más que un recurso: la alianza con sus enemigos... A ella apelo... Los hugonotes, acosados, desean batirse y se batirán.

RUG. ¡Quereis la guerra civil!

CAT. ¡Quiero salvar mi casa! ¡Quiero librar á mi hijo del dominio insolente de los Guisas; quiero restaurar mi propio poder!... No intenteis hacerme cambiar de resolución. Mi paciencia y mi disimulo han llegado á su último límite.

BUG. Harto lo veo... Hace veinte años que os sirvo y esta es la vez primera que me revelais el fondo de vuestros pensamientos.

CAT. ¿Es un reproche, señor Ruggieri?

RUG. No tengo derecho á reprochar nada á mi Reina.

CAT. No obstante, os encuentro muy cambiado. ¿Puedo saber la causa?

RUG. Ya la sabeis. No puedo consolarme de la pérdida de mi hijo.

CAT. ¡Ah! ¿Y es ese desconsuelo la causa de vuestra mudanza?

RUG. Sí, señora... Pero alguien viene. Debe ser la persona que esperais; voy á hacerla entrar. (*Vase*).

ESCENA VI

Catalina, luego Vendôme

CAT. (*Mirando salir á Ruggieri*). Sufre. Herí en lo vivo. Ocupémonos ahora de los demás.

VEND. (*Entrando*). Aquí me teneis, señora, á vuestras órdenes.

CAT. (*Tendiéndole la mano que él besa*). Gracias. Os esperaba, y ya me tenía impaciente vuestra tardanza.

VEND. Sin embargo, no le robé á mi reina más que el tiempo preciso para conducir mi esposa á casa de su padre.

CAT. Os agradezco la prontitud con que habeis cumplido la promesa que hicisteis á esta pobre reina... No esperaba menos de vos.

VEND. Los Vendôme no tienen más que una palabra y yo os había empeñado la mía.

CAT. Perdonadme este momento de duda... ¡Son tantos, ay de mí! los que me juraron fidelidad y me han abandonado! Por otra parte, me dolía arrancaros á vuestra felicidad de esposo apenas unido á la mujer que amais.

VEND. Ninguna felicidad, señora, podría hacerme olvidar mi deber ni retardar su cumplimiento. Si no me engaño, creeis que puedo seros útil. Ordenad, estoy dispuesto á obedecer.

CAT. ¿Aunque se trate de ausentaros de París?...

VEND. Estoy dispuesto á todo.

CAT. ...de separaros por algunos días de vuestra esposa?

VEND. (*Después de titubear un momento*). Disponed de mí.

CAT. (*Conmovida*). ¡Ah! No me equivoqué en el juicio que formé de vos. Pues bien, sí, os he llamado para pediros ese sacrificio. Vais á partir; vais á introduciros en el campamento del príncipe de Condé. Le entregareis de mi parte esta carta y me traereis su contestación.

VEND. Misión fácil, en verdad.

CAT. Aunque sencilla en sí, esta misión puede tener para mi y para vos consecuencias gravísimas. Si mi carta ó la contestación del príncipe cayesen en manos de nuestros enemigos, vuestra perdición sería segura y la mía también.

VEND. Nada temo por mi parte y podeis estar segura de que, suceda lo que sucediere, el nombre de Vuestra Majestad no saldrá nunca de mis labios para nada que pueda comprometeros.

CAT. No os haré la ofensa de pedir que lo jureis.

VEND. Lo juré ya en lo íntimo de mi corazón y de

mi conciencia. Puesta la cabeza en el tajo, no hablaría.

CAT. (*Después de una pausa*). Gracias. Espero, tengo la seguridad de que vuestra abnegación no tendrá que pasar por tal prueba; más no por eso será menos profunda y eterna mi gratitud. Llevad mi carta al Príncipe. Esperaré vuestro regreso en Blois, donde el Rey ha decidido descansar algunos meses. Os detendreis en la hostería del León de Oro, situada en el camino de Paris, á cien toesas de nuestro castillo real; me avisareis vuestra llegada y aguardareis mis instrucciones. (*Vendôme se inclina*). Id, Vendôme, con vos llevais la última esperanza de vuestra reina.

VEND. No dependerá de mí si no traigo la realización de vuestros deseos.

CAT. Gracias. (*Le tiende ambas manos que Vendôme besa*). ¿Partireis hoy mismo?

VEND. Si Vuestra Majestad lo ordena...

CAT. Lo deseo... No hay momento que perder.

VEND. Parto al instante. No me detendré sino el tiempo preciso para despedirme de mi esposa. ¿Me permitís que os pida un favor?

CAT. Le adivino y os le concedo. Desde este instante, considero á vuestra esposa como á mi propia hija. Procuraré hacerme perdonar el disgusto que le causo.

VEND. Gracias, señora.

CAT. Soy yo la que os debo dar las gracias. ¡Id y que Dios os proteja! Yo me encargo de la que lleva vuestro nombre. (*Vendôme se inclina y sale*).

ESCENA VII

Catalina, luego Ruggieri

CAT. Ha aceptado sin vacilar. Me sacrifica sus primeras horas de ventura... Desempeñará religiosamente mi encargo. ¡Y Juana de Estissac creería haberle hecho olvidar á su reina!... (*Volviéndose y viendo á Ruggieri que acaba de entrar*). ¿Estais ahí?

RUG. He visto salir al señor de Vendôme...

CAT. Preparaos á seguirme á Blois.

RUG. Estoy siempre dispuesto á lo que me ordeneis.

CAT. (*Retirándose*). Gracias, Ruggieri. Quedad con Dios y no os dejeis abatir por vuestra pena.

RUG. (*Siguiéndola*). La pena de un padre por la pérdida de su hijo no se domina tan pronto... y yo amaba tanto al mío!...

CAT. Recordad vuestras propias palabras: ¡Cuándo se ambiciona el poder, no se debe amar otra cosa y á él debe sacrificarsé todo! (*Vase*).

RUG. (*Aparte*). ¡Dios mío!

ESCENA VIII

El Duque, luego Ruggieri

DUQUE (*Saliendo azorado*). ¡Ah! Esa cita... Esa misión... Todo eso no puede ser una comedia prepada con Ruggieri para engañarme. La Médicis es mía.

RUG. (*Bajando*). Ha hecho bien en avivar mis recuerdos. Creí que mi firmeza iba á abandonarme. (*Viendo al Duque*). Monseñor, ¿habeis oído?...

DUQUE Sí, y pronto sabré en Blois hasta que punto hice bien en fiarme en vos.

RUG. ¡Qué! ¿Dudais aún, monseñor?

DUQUE Espero los acontecimientos.

RUG. Mejor que esperarlos, podriais dirigirlos... ¿Vacilais?... ¿Qué más pruebas quereis de mi sinceridad? ¿No habeis comprendido que esa mujer ha destrozado mi corazón?... ¿Qué es ella quien me ha matado á mi hijo?... Que lo que hago es vengarme, y que si no os servís del arma que os ofrezco, heriré sin vos, y, si es preciso, contra vos?

DUQUE Está bien. Acepto. Ire á Blois. ¿Os comprometeis á entregarme á Vendôme?

RUG. Sí.

DUQUE Pues yo me encargo de lo demás.

RUG. Gracias, monseñor.
DUQUE Cumplidme hasta el fin vuestras promesas y seré yo el que deberé daros las gracias. (*Sale acompañado de Ruggieri. Entra Cosme que escuchó*).

ESCENA IX

Cosme, luego Ruggieri

COSME ¡Hasta el fin!... ¡Es decir, que mi hermano cumplirá sus promesas hasta perder á la reina madre, destruyendo en un día toda su obra de tantos años!
RUG. Ya no es posible retroceder. (*A Cosme*). Llama á Scavino.
COSME Un instante. ¿Permitirás á tu hermano?...
RUG. Aquí ya no hay hermano... No hay más que un padre que venga á su hijo... Llama á Scavino... Pero no hace falta. (*Llama con un timbre. Sale Scavino*).

ESCENA X

Dichos, Scavino

SCA. ¿Llamais, señor?
RUG. Dime, Scavino; ¿te gustaría ser hostelero?
SCA. No es oficio de mi devoción; en cambio es el bello ideal de uno de mis camaradas, precisamente uno de los que estaban conmigo la noche en que el señor de Vendôme...
RUG. ¡Ah! ¿sí? Pues voy á confiarte otro asunto que os consolará, á tí y á él, del mal éxito de aquella noche... Escucha...
COSME ¡Hermano mío!...
RUG. (*A Cosme*). La sentencia está pronunciada; debe ejecutarse y lo será. (*A Scavino*). Dentro de una hora partirás para Blois con tu camarada, ese á quién le gustaría ser hostelero...
SCA. Bien, señor.
RUG. Os alojareis en la Hostería del León de Oro

que se encuentra en el camino real de París.

SCA. Bien, señor.

RUG. Comprareis la hostería...

SCA. ¡Cómo! El señor se chancea...

RUG. (*Arrojándole una bolsa*). Ahí tienes con que pagar.

SCA. ¡Ah! tanto me direis... ¿Y una vez comprada la hostería?

RUG. Parará en ella un hombre que entregareis al duque de Guisa.

SCA. (*Asombrado*), ¡Al Duque!

COSME ¡Hermano mío, por Dios!...

RUG. (*A Cosme*). Lo dicho; no abandono mi venganza. Esa mujer me hirió en el amor de padre; yo la heriré en su ambición de reina!

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

La hostería del León de Oro, en el camino de París, á la entrada de Blois. Puerta principal en el fondo. Ventana á la izquierda. A la derecha, escalera de acceso al piso principal.

ESCENA PRIMERA

Fabricio, Scavino, sentados á una mesa y bebiendo

FAB. ¡A tu salud, Scavino!

SCA. ¡A la tuya, Fabricio!

FAB. (*Después de beber*). ¡Ah! Esta si que es buena vida. Servir de beber á los parroquianos, beber uno mismo á saciedad y ahorrar todavía algún dinero. ¡Ay! nunca olvidaré, mi buen camarada Scavino, que es á tí á quien debo el ver realizado el bello ideal de toda mi vida... Vamos que puedes pedirme todo cuanto se te antoje. Aunque sea la mitad de mi bodega.

SCA. (*Alargando el vaso*). Eso sería demasiado... Por el momento, con otro vaso me basta. ¿Qué quieres? me remordía la conciencia por el mal resultado de nuestro último negocio... ¿Te acuerdas de él?

FAB. ¡Qué si me acuerdo! El pobre Micaele no podrá contarlo, y yo conservo aquí, en el brazo, un recuerdo que me molesta bastante,

sobre todo en vísperas de mal tiempo, y que hasta ahora me impide olvidar el lance. ¡Vaya un brazo el del tal Vendôme! ¿Eh? ¡Si no llega tan á tiempo el otro, creo que quedamos en el sitio los tres... y entonces adiós mi sueño dorado!

SCA. Sí, pero afortunadamente acudió el otro... ¡A tu salud!

FAB. ¡A la tuya! He oído decir que el señor de Vendôme no murió.

SCA. ¡Psch! No me extrañaría que hubiese resucitado; ese hombre es capaz de todo.

FAB. Y hasta me han dicho que se ha casado hace pocos días.

SCA. ¡Oh! Entonces es como si hubiese muerto.

FAB. ¡Qué bromas gastas! ¡Vaya, hombre, que tienes chispa!

SCA. Y tú tienes al señor de Vendôme montado en las narices.

FAB. (*Rascándose el brazo*). No; en el brazo.

SCA. Dime... ¿qué harías si el señor de Vendôme se te presentase de pronto pidiendo hospedaje?

FAB. Si se me... Vamos, no bromees, ¿eh?

SCA. No me bromeo. Muy bien podria suceder que el hombre se detuviese en tu hostería al venir á Blois.

FAB. ¿A Blois? Pero ¿qué diablos quieres que tenga que hacer en Blois?

SCA. Ya sabes que la corte está aquí desde ayer.

FAB. (*Levantándose*). ¡La corte! (*Va hacia la puerta*).

SCA. ¡Eh! ¡eh! ¿adónde vas?

FAB. A decir á mi personal que doble los precios de todo...

SCA. ¡Ah! ¡Buena pieza! Decididamente naciste para hostelero.

FAB. Cuando yo te decía... (*A la puerta*). ¡Hola! ¡Calla! un jinete que viene hacia acá... y se detiene... y... (*Llevando la mano á su brazo*). ¡Ay!

SCA. ¿Qué te pasa?

FAB. (*Bajando*). Ese jinete... Me ha parecido que era el señor de Vendôme.

SCA. ¡Bah! ¡bah!
FAB. Mira tú á ver... yo no me atrevo. ¿Quiéres hacerme un favor? Dile que no hay ninguna habitación disponible.
SCA. ¡Estaría bueno! ¿Has perdido la cabeza?
FAB. Precisamente, porque no quiero perderla. Y si el señor de Vendôme nos reconoce...
SCA. ¡Qué simpleza! ¿Cómo quieres que nos reconozca? Era de noche... tú mismo te quejabas de que no se veía.
FAB. De todos modos... mejor quisiera...
SCA. ¿Qué?... ¡Ah! veo que me había equivocado; no eres digno de ser hostelero.
FAB. Pero...
SCA. (*Tomando su mandil*). Dame ese mandil.
FAB. ¿Qué vas á hacer?
SCA. (*Poniéndose el mandil*). Voy á recibir al señor de Vendôme.
FAB. ¿Tú?
SCA. Sí, yo. Yo no tengo miedo y no quiero que tu hostería se desacredite. Yo te la he proporcionado y soy el responsable. Vete á cuidar de la cocina, vete. (*Vase Fabricio*).

ESCENA II

Vendôme, Scavino

VEND. (*En la puerta, hablando al exterior*). Cuidad bien de mi caballo. No le escatiméis el pienso.
SCA. (*Adelantándose*). Y á vos, monseñor, ¿qué tendré el honor de ofreceros?
VEND. ¿Eres tú el hostelero?
SCA. Para serviros, monseñor.
VEND. Prepárame de almorzar y ahora dame recado de escribir.
SCA. Bien, monseñor.
VEND. Espera. Búscame también alguien que lleve un recado al castillo.
SCA. Con mucho gusto, monseñor. (*Dirigiéndose hacia la puerta, aparte*). Esto marcha á pedir de boca.

VEND. (*Sentándose*). Estoy molido, pero todas mis fatigas desaparecerán como por encanto tan pronto como vuelva á ver á mi querida esposa.

SCA. Aquí tenéis, monseñor, aquí tenéis... (*Coloca recado de escribir sobre la mesa*).

VEND. ¡Gracias! Encarga mi almuerzo y vuelve por mi carta.

SCA. Bien, monseñor. (*Vase*).

ESCENA III

Vendôme, luego Scavino y un Criado

VEND. (*Solo*). «Sí, monseñor». «Bien, monseñor». Este hostelero es tan flexible de espinazo como lacónico. (*Disponiéndose á escribir*). ¡Ah! ¡Juana mía! ¡cuán largas me parecen las horas, separado de tí! Quisiera poder volar á tu lado en vez de enviarte esta misiva... Pero debo cumplir con mi deber hasta el fin. (*Escribiendo*). «Estoy de regreso. Notíciaselo á la reina madre y dile que ansío presentarle mis respetos. Espero que dentro de breves horas podrás devolverme los apasionados besos que te envío».

SCA. (*Entrando*). Ya está encargado el almuerzo para monseñor. ¿Monseñor desea habitación?

VEND. Sí, dame tu mejor cuarto; almorzaré en él.

SCA. Bien, monseñor; voy volando.

VEND. Lo que más urge es que lleven esta carta á su destino. ¿Tienes un hombre de confianza?

SCA. Monseñor, la hostería del León de Oro está bien acreditada. ¿Monseñor ha puesto la dirección?

VEND. Sí. «Para la señora de Vendôme... al servicio de Su Majestad la Reina madre».

SCA. Bien, monseñor. La carta será entregada en la propia mano de la persona á quien va dirigida.

VEND. Así lo espero.

SCA. Respondo de ello, monseñor. (*Llamando*). ¡Hola! ¡Bartolomé!

CRIADO (*Entrando*). ¿Qué manda mi amo?

SCA. Conduce á monseñor al cuarto azul; monseñor almorzará en su habitación.

CRIADO Bien, señor.

VEND. (*A Scavino*). Haz que el mandadero que lleve la carta venga luego á darme cuenta de su misión.

SCA. Monseñor no necesitaba encargármelo.

VEND. (*Al criado*). Condúceme á mi cuarto. (*Se va con el criado por la escalera de la derecha).*

ESCENA IV

Scavino, Fabricio

SCA. (*Solo*). Buen jinete, eso sí; terrible espada, harto lo sabemos; pero por lo demás... creo que mi amo se equivoca; nadie me hará creer que un galán tan confiado sea un conspirador.

FAB. (*Que ha entrado con precaución*). ¿Es él, verdad? ¿Dónde está?

SCA. Arriba, en el cuarto azul. Tú quisieras que estuviese más lejos.

FAB. La verdad es que no las tengo todas conmigo.

SCA. Por lo visto no estarás tranquilo hasta que ese hombre muera...

FAB. No pido tanto... En realidad, no puedo negarte que le tengo ganas, pero...

SCA. Pero le tienes miedo; y te darías por muy contento con no volver á encontrarte cara á cara con él en toda tu vida.

FAB. Algo hay de eso.

SCA. Pues bien; hay un medio para ello.

FAB. ¿Cuál?

SCA. ¿Ves esta carta? Es para su mujer, y su mujer está en el castillo al servicio de la florentina. Vas á encargate de llevarle esta carta.

FAB. ¿Yo? ¿Y por qué no cualquiera de mis criados? Ya te he dicho que no me gusta alejarme de la hostería.

SCA. ¡Perdona! Tu hostería me la debes á mí, y

tú harás lo que yo te diga ó de lo contrario...

FAB. (*Vivamente*). La llevaré, hombre, la llevaré. Dámela.

SCA. Un momento. No hay que entregarla á quien va dirigida.

FAB. ¿A quién pues?

SCA. Al duque de Guisa.

FAB. ¿Al duque? No te entiendo.

SCA. Ni hace falta. Ya lo comprenderás después.

FAB. No me gusta andar á ciegas.

SCA. ¿Quiéres conservar tu hostería?

FAB. Sí.

SCA. ¿Quiéres quedar tranquilo para siempre por lo que toca al señor de Vendôme?

FAB. Naturalmente.

SCA. Pues yo te proporciono los medios.

FAB. ¡Los medios!... ¡los medios! Pero yo quisiera que me explicases...

SCA. Repito que todo lo comprenderás luego.

FAB. ¿Por qué no ahora?

SCA. No me explico que vaciles.

FAB. ¿No te parece natural?

SCA. En rigor, comprendería tus temores si acabases de encontrarte en su presencia como yo.

FAB. ¿Qué impresión te ha causado?

SCA. Hubo un momento en que creí que iba á reconocerme y te aseguro que á mi vez pensé en devolverte tu mandil.

FAB. ¡Cuándo yo decía!...

SCA. Esto tiene que acabar.

FAB. Sí, es preciso. Venga la carta. (*La coge*). Sé que puedo fiarme de tí. Voy al castillo. (*Deteniéndose en la puerta*). ¡Calla! ¡Qué coincidencia! Ahí viene otra de las personas que se encontraron con nosotros en aquella famosa noche.

SCA. ¿Quién?

FAB. El borracho... el señor Puck.

SCA. ¡Anda! Con ese no hay peligro. Ese acaba siempre por dormir la mona. (*Vase Fabricio*).

ESCENA V

Scavino, el Criado, Puck

CRIADO (*Bajando*). Ya está todo preparado arriba. Ese caballero espera su almuerzo; me ha dicho su nombre por si preguntan por él. Es el señor de Vendôme.

SCA. ¡Ah! Bonito nombre... Sírvele el almuerzo.

CRIADO ¿Qué vino le daremos?

SCA. ¡Del mejor, diantre! ¡A un caballero como ese!...

CRIADO Bien, señor. (*Sale apartándose para dejar pasar á Puck*).

SCA. (*Aparte*). Ya que es quizá su última comida, que sea buena.

PUCK (*Entra tatareando*). Tan... tarantan... tan... tarantan...

SCA. ¡Monseñor!... ¿En qué podemos servir á monseñor?

PUCK No sé... nada... luego. (*Aparte*). ¡Calla! Me parece haber visto esta cara en otra parte.

SCA. (*Aparte*). ¿Habrá renunciado á la bebida? (*Alto*). Puedo ofrecer á monseñor un vinillo exquisito.

PUCK ¿De veras?

SCA. Como no le bebe el mismo Rey.

PUCK Tanto me dirás... anda... tráeme una botella.

SCA. Voy corriendo, monseñor. (*Aparte*). Como podría estorbarme, haremos que duerma otra mona. (*Vase*).

PUCK (*Aparte*). ¿Dónde diablos he visto yo esta cara?

ESCENA VI

Puck, el Criado, luego Vendôme y Scavino

VEND. (*Desde lo alto de la escalera*). ¡Muchacho! ¿Y ese almuerzo? ¿Os habéis olvidado de mí?

PUCK ¡Esa voz!... (*El criado atraviesa la escena con una bandeja en que lleva el cubierto y viandas*).

CRIADO Ya va, señor de Vendôme, ya va.

PUCK ¡Vendôme! (*Dirigiéndose á la escalera*). ¡Vos aquí, señor de Vendôme!

VEND. ¡Señor Puck! ¡Cuánto me alegro de veros! Pero estoy muerto de hambre.

PUCK Por mucha que tengáis ¿no podréis conceder un minuto á quien acaba de ver á vuestra esposa?

VEND. (*Bajando*). ¡Mi esposa!... Que espere el almuerzo. Dadme noticias de ella, señor Puck. (*Al llegar al pie de la escalera, da la mano á Puck y dice al criado*). No subas... almorzaré aquí.

CRIADO Como gustéis, señor. (*Prepara la mesa y se retira*).

VEND. Me acompañaréis á almorzar, señor Puck.

PUCK Con mucho gusto.

SCA. (*Entrando, aparte*). ¡Bueno! Ya me figuraba yo que ese borrachón vendría á estorbarme. (*Alto*). Monseñor, aquí tenéis una botella del famoso vinillo.

VEND. No hace falta; espero que el señor Puck me dispensará el honor de beber de mi vino... á menos que no preferáis otro.

PUCK ¡Oh. no! Prefiero el vuestro.

SCA. Pero monseñor... (*Enseñando la botella*).

PUCK Llévatela. También te será pagada. Llévatela y déjanos... ¡Te he dicho que nos dejes!...

SCA. (*Retirándose de mal humor. Aparte*). En mal hora vino á estorbarnos ese maldito borracho.

ESCENA VII

Puck, Vendôme

PUCK No me cabe duda; yo he visto á ese bribón en otra parte... y no puedo recordar donde.

VEND. Habladme de mi esposa; pero pronto, ¿cómo está?

PUCK Bien... es decir, todo lo bien que puede estar una mujer que espera con viva impa-

ciencia la vuelta de su esposo... Y á fe que es una separación bien rara... El mismo día de vuestra boda desaparecéis, y cuando volvéis por acá es para deteneros en esta hostería...

VEND. Ha sido un capricho de enamorado. Retardo mi felicidad para disfrutarla mejor.

PUCK ¡Vaya una ocurrencia! ¿Pero supongo que iréis á Palacio?

VEND. No; acabo de enviar un recado á mi mujer avisándola que estoy aquí.

PUCK No acierto á comprender...

VEND. Sin embargo, debéis comprenderlo, señor Puck. En la corte todo son enemistades entre partidos políticos é intrigantes palaciegos...

PUCK Pero vos no tenéis nada que ver con eso.

VEND. ¿Yo? ¡Oh! no... A vuestra salud... (*Bebe*). Pero... ¿cómo es eso?... ¿no bebéis?

PUCK No.

VEND. ¿No?

PUCK Ya no bebo.

VEND. ¿Desde cuándo?

PUCK Desde que tengo clavado en el alma el recuerdo de una noche en que, estando ébrio, ví, sin poder acudir en su auxilio, como se asesinaba á un hombre.

VEND. ¡Ah! ¿Hace mucho tiempo de eso?

PUCK Pocas semanas.

VEND. Supongo que no os referiréis á mi persona.

PUCK Pues suponéis mal, mi querido amigo, porque me refiero, precisamente, á vos.

VEND. ¿A mí?

PUCK Sí; he sacrificado á vos mi vergonzoso vicio y por vos he jurado rehabilitarme...

VEND. ¡Señor Puck!

PUCK Desde que desaparecistéis, no he dejado un momento de temer por vuestra suerte... Pero no bajéis los ojos. Soy bastante discreto para guardar en el fondo de mi alma lo que me dejéis leer en ellos. Antes de que volvieséis, conocía yo la causa de vuestra desaparición... Fué la Reina Catalina la que

os separó de vuestra esposa.

VEND. Pero...

PUCK Sí; y ella es quien os impuso alguna misteriosa misión... No os pregunto qué misión es esa. A vuestro regreso, os detenéis aquí, esperando órdenes.

VEND. Señor Puck, sois hombre de mucha inventiva.

PUCK No invento nada. Digo la verdad... y tiemblo por vos. Andad con cuidado. Ya empiezo á recordar donde he visto, antes de ahora, al amo de esta hostería; le he visto en París y estoy seguro de que si se encuentra aquí, es por vos.

VEND. ¡Oh! ¡oh! ¡Qué cosas se os ocurren!

PUCK Andad precavido, Vendôme. ¿Queréis seguir un consejo mío? Entregadme la respuesta que traéis á la reina Catalina.

VEND. La respuesta...

PUCK ¡Vamos! no quiero saber de donde venís, pero sospecho que os amenaza un gran peligro y no quiero que caigas en el lazo que os han tendido vuestros adversarios. Entregadme esa contestación; nadie podrá sospechar que esté en mi poder; nadie vendrá á buscarla en mis bolsillos, y os juro que yo mismo la entregaré á la reina Catalina.

VEND. (*Inmutado*). ¡Señor!...

PUCK ¡Traed!

VEND. (*En voz baja*). ¡Silencio! Alguien llega... quizá el que llevó la carta á mi esposa.

ESCENA VIII

Dichos, Fabricio, que se detiene en la puerta y habla en voz baja á alguien que está fuera.

FAB. No, no... yo mismo; ahora ya no le tengo miedo; en Palacio lo he comprendido todo... (*Entrando*). Señores... siento molestaros, pero me han dicho que el señor de Vendôme me espera con impaciencia....

VEND. ¿Eres tú el que ha ido á Palacio á llevar mi carta?

FAB. (*Que maquinalmente se ha llevado la mano al brazo*). Sí, monseñor.

VEND. ¿Y bien?

FAB. La entregué en propia mano: fué recibida con gran placer y van á venir á cumplimentaros.

VEND. Gracias. (*Entregándole una moneda*). Toma, para que bebas á mi salud.

FAB. ¡Oh! ¡monseñor! (*Saluda al guardarse la moneda y se va*).

ESCENA IX

Puck, Vendôme

(*Durante toda la escena anterior, Puck no ha dejado de examinar á Fabricio*).

PUCK (*Aparte*). Pero á este también le conozco... ¿Dónde diantres he visto yo á estos dos perillanes?

VEND. ¿En qué estáis pensando, señor Puck? ¿Estáis todavía intranquilo después de la respuesta que ese hombre acaba de traerme?

PUCK Lo estoy aún más que antes... La cara de ese hombre no me anuncia nada bueno; yo le he visto ya en otra parte; y al hostelero también... ¿Pero dónde? Eso es lo que yo no recuerdo. ¿Estaría yo borracho?... ¡Ah! ¡ya caigo! ¡ya me acuerdo! En la hostería de la plazuela de Tejedores... la noche de vuestro percance... Los matones de vuestro asesino Ruggieri.

VEND. ¿Pero qué estáis diciendo?

PUCK Yo ví á esos dos hombres en la hostería del Sol de Oro, la noche de la emboscada, y estoy seguro de que están aquí por causa vuestra. ¡Oh! no me cabe la menor duda. Ruggieri no se da jamás por vencido. Ha jurado deshacerse de vos y para lograrlo hasta hará traición á su reina!...

VEND. ¡Gran Dios!

PUCK ¡En nombre del cielo! ¡en el de vuestra esposa! entregadme ese pliego de que sin duda

sois portador... Van á llegar, como ha dicho ese miserable, pero no vuestra esposa ni vuestra reina, sino vuestros enemigos. Fiad en mí; dejad que os salve. ¡Ese pliego!... ¡dádmele!

VEND. Pretendéis que os entregue mi honor...

PUCK Dadme ese pliego ó estáis perdido y perdéis, además, á vuestra reina.

VEND. ¿A mi reina?

PUCK Sí.

VEND. Voy por él.

PUCK ¡Ah! Gracias por vos y por vuestra esposa. (*Vendôme sube la escalera*).

ESCENA X

Puck, El Duque, Richemont, Guardias, después Vendôme

PUCK ¿Qué ruido es ese?... (*Mirando por la ventana*). Estamos rodeados de guardias. (*En la puerta*). ¡Richemont!... ¡El duque de Guisa!... (*Se dirige hacia la escalera*).

DUQUE (*Apuntándole una pistola*). ¡Alto, señor Puck! Si dais un paso os mato.

VEND. (*Bajando la escalera*). ¿Qué ocurre? ¿Quién habla de matar?

PUCK (*En voz baja*). ¡Desgraciado! ¡Estáis perdido! (*Volviéndose al Duque, con fingido regocijo*). ¿Matarme á mí, monseñor? ¡Vaya un negocio! Mi cabeza no vale la pólvora que gastaríais.

DUQUE ¡Apártate, loco! Deja pasar á la justicia del Rey. ¡Guardias! ¡detened al señor de Vendôme!

VEND. ¡Monseñor!...

DUQUE Nos explicaremos luego. ¡Guardias! ¡registradle!

VEND. ¡Protesto! Acudiré al Rey en queja contra semejante atropello. (*Forcejea para desacirse de los guardias*).

DUQUE Ya os he dicho que luego nos explicaremos.

PUCK ¡Ah! ¡Lucida faena ejercen vuestros guardias, monseñor. ¿No podías haberla encargado al señor de Richemont?

RICHE. ¡Señor Puck! (*Un guardia arrebata á Vendôme la carta y la entrega al Duque*).

DUQUE Trae. (*Toma la carta y la lee*).

VEND. ¡Por última vez, protesto! Esa carta me pertenece; no interesa á nadie más que á mí; acabais de cometer, monseñor, una acción infame.

DUQUE (*Leyendo en voz baja*). «Aceptamos. Dentro de ocho días, todas nuestras tropas estarán dispuestas y marcharán á un mismo tiempo». (*Hablado*). ¡Ah! ¿Con qué esta carta no interesa á nadie más que á vos, señor de Vendôme? Sin duda, á petición vuestra, el autor de esta carta... el Príncipe de Condé... (*Movimiento de protesta en Vendôme*). No... no lo neguéis... conozco su letra... ¿A petición vuestra... repito, el Príncipe de Condé pondrá en movimiento sus tropas? ¡Qué soberbia campaña planeabais mientras todo el mundo os creía ocupado únicamente en hacer feliz á vuestra esposa! ¿Tenéis algo que contestar? (*Vendôme guarda silencio*).

PUCK Permitid, monseñor... ¡Tenéis un modo de interpretar las cosas!...

DUQUE ¡Cállate, loco! No es ésta ocasión oportuna para bufonadas. Señor de Vendôme, conste que os negáis á disculparos.

VEND. La culpa es vuestra, monseñor. Cuando se desea obtener algo de un caballero, no se empieza por atropellarle como á un villano. Mi conducta se ajusta á la vuestra; así, pues, nada obtendréis de mí.

DUQUE El escrito que se ha encontrado en vuestro poder, es contestación á otro que vos llevasteis al salir de París, y ese otro, que no es sino una provocación á la guerra civil, necesito saber quien le escribió y vos me lo diréis.

VEND. No, monseñor.

DUQUE Os lo exijo en nombre de vuestro Rey, á quien hace ocho días prestasteis en mis manos juramento de fidelidad y de lealtad absolutas. Recordad la observación que en cumplimiento de mi deber os hice. «¡Quiera

Dios, señor de Vendôme, que no os veáis obligado, en breve plazo, á elegir entre el juramento de ayer y el juramento de hoy!» (*Movimiento en Vendôme*). ¿Habrá llegado la hora de escoger? Vamos, señor de Vendôme, no os obstinéis en callar... Demasiado comprendéis que vuestro secreto es ya conocido. El Rey exige que habléis, aunque está dispuesto á ser indulgente con vos.

VEND. Perdéis tiempo y elocuencia, monseñor.

DUQUE ¡Desgraciado! ¿Sabéis lo que os espera?... ¿Olvidáis, acaso, que no sois solo en el mundo?... ¿qué vuestra joven esposa?...

VEND. Mucho la amo, pero la tengo en tan alto concepto, que no puedo suponerla capaz de pedirle á mi amor el sacrificio de mi honra... Esta es mi última declaración y no lograréis otra de mí.

DUQUE Esta bien. Voy á hacer que os conduzcan á París y os encierren en el Chatelet. Quizá vuestros jueces hallen algún medio de haceros hablar.

VEND. ¿El tormento?... ¿Me amenazáis con el tormento?...

DUQUE (*Después de un movimiento de admiración*). Un caballero dispuesto á conducir al señor de Vendôme ante sus jueces.

RICHE. ¡Estoy á vuestras órdenes, monseñor!

PUCK (*Aparte*). ¡El!

VEND. (*Con amarga ironía*). Gracias, señor de Richemont. No esperaba menos de la simpatía que hace poco tiempo me manifestabais.

PUCK ¡Ah! ¡si la doblez se marcase en el rostro como las viruelas!...

DUQUE (*A Puck*). ¡Cállate! Señor de Richemont, el Rey tendrá en cuenta vuestro leal proceder, y, por mi parte, os doy las gracias; pero, en esta ocasión, no debo aprovechar vuestro ofrecimiento. Yo mismo desempeñaré la comisión que iba á encargaros; yo mismo conduciré á París al señor de Vendôme. ¡Guardias!

VEND. (*Con ironía*). ¡Tanto honor me confunde, monseñor!

DUQUE ¡En marcha! (*Entregando una bolsa á Richemont*). Señor de Richemont, habrá que pagar algo al hostelero; arreglad cuentas con él y venid al castillo á buscarme. (*Sale tras los guardias que conducen á Vendôme. Puck queda en escena con Richemont*).

ESCENA XI

Puck, Richemont

RICHE. (*A la puerta*). ¿Dónde está el hostelero? ¡Hola!

PUCK Un momento, señor de Richemont... ¿Por qué no os guardais esa bolsa?

RICHE. ¡Señor Puck!...

PUCK Los treinta dineros de Judas... me parece que los merecéis más que el hostelero; él no ha vendido más que á un desconocido, mientras que vos...

RICHE. Yo, señor bufón, no hago sino reirme de vuestras insolencias.

PUCK Está bien; eso es lo que, cuando se les arroja al rostro su infamia, contestan los cobardes.

RICHE. El cobarde seréis vos. (*Mirando fijamente á Puck*).

PUCK. ¡Infame!

RICHE. ¡Ah! ¿queréis por ventura?...

PUCK (*Desenvainando lentamente su espada*). Sí; quiero que los treinta dineros sean para vos, y por esta razón... (*Colocándose delante de la puerta*). No saldréis de aquí, señor de Richemont...

RICHE. (*Soltando una carcajada*). ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡Graciosa bufonada! Puck me provoca... Perdonad, si el desafío es á beber, no me atrevo...

PUCK ¡Ea! ¡basta de palabras necias! Hace ya demasiado tiempo que os soporto. Defendeos como caballero, si no os mato como á un perro.

RICHE. (*Desenvainando su espada*). ¡Ah! Siendo

así... tendré que daros una lección. Bien me lo decía ayer la Reina: «Ese pobre Puck está poniéndose insoportable».

PUCK ¡La Reina! ¡Ah! Voy á matarte, Richemont. Pero consuélate... Si mueres dignamente, prometo decírselo á María Estuardo. Vamos, defiéndete... (*Le ataca*).

RICHE. (*Defendiéndose*). ¡Vaya! ¡qué tiene gracia el lance! Bufón, me habrás hecho reir hasta tu último momento. (*Aparte, atacándole*). ¡Voto al diablo!... el maldito es duro de despachurrar.

PUCK ¡Ríete! ¡sí, ríete! Es para tí que llegó el último momento. (*Le da una estocada en el pecho*). ¡Toma!

RICHE. (*Cayendo*). ¡Ay de mí!

PUCK Ya te tenía dicho que nuestro primer encuentro había de serte fatal.

ESCENA XII

Dichos, Fabricio

FAB. (*Acudiendo al ruido*). ¿Qué ocurre? ¡Una riña en mi hostería!

PUCK ¡Cállate!... ¡Recoge eso, miserable!... (*Le señala la bolsa que Richemont ha dejado caer*).

FAB. ¡Oh! (*Aparte*). Buen negocio... (*Alto*). Monseñor, seré mudo.

PUCK (*Saliendo, aparte con desprecio*), ¡Bandido! Hace tiempo que mereces la horca. (*Volviendo, alto*). Ahora recuerdo... ¿No eres tú el que llevó la carta del señor de Vendôme á Palacio?

FAB. Tuve esa honra, monseñor.

PUCK ¡Está bien! Lo que has hecho es digno de recompensa, y yo te prometo que la tendrás.

FAB. (*Inclinándose*). Monseñor...

PUCK ¡La tendrás! (*Vase*).

FIN DEL ACTO QUINTO



ACTO SEXTO

Una sala en la prisión del Châtelet. Entrada en el fondo. A la izquierda un calabozo abierto. Dos carpinteros están montando el aparato del tormento. Uno de ellos es Puck.

ESCENA PRIMERA

Vendôme, un Carpintero, Puck, un Carcelero

CARP. (*A Puck*). Que este aparato sirva para mí si en la vida he encontrado un oficial más torpe que tú.

PUCK Dispensad, maestro; pero es la primera vez que hago semejante trabajo.

CARP. Convengo en que no es muy divertido; pero nadie te obligaba á aceptarlo. Por tu culpa se nos hace tarde.

PUCK ¡Quiá! Son poco más de las dos y hasta las tres no ha de sufrir el tormento el prisionero.

CARP. (*Riendo*). No será él quién se queje del retraso. ¿No te parece?

PUCK No riais tan fuerte, maestro. Harto tiene el pobre prisionero con oir nuestros martillazos.

CARP. ¡Calla! ¿Eres sensible?... Pues si precisamente dejan abierta la puerta del calabozo á propósito... Cómo si dijéramos para darle

una dedada de la miel que le espera. Esto te parecerá cruel ¿he? corazón de tórtolo.

PUCK No solo cruel, sino además algo imprudente.

CARP. ¡Oh! no hay cuidado. Ya podían tener abiertas todas las puertas el prisionero; no podría alejarse mucho.

PUCK Pues ¿cómo así?

CARP. Está cargado de esposas y grilletes.

PUCK ¡Ah!

CARP. Todos los honores debidos á los criminales de marca mayor.

PUCK Parece que el Rey en persona debe asistir al tormento.

CARP. ¿Estás seguro?

PUCK Así lo creo.

CARP. ¿Cómo lo has sabido?

PUCK Pues... lo he sabido.

CARP. Eso no es contestar. Te pregunto por donde lo has sabido. ¿Tienes por ventura vara alta en Palacio?

PUCK Quizá.

CARP. ¡Hola! hola! hola! Como operario, estás al nivel de muchos aprendices, pero como guasón, debes ser maestro... ¡Ay! Pero hombre, ten cuidado, que me machacas los dedos. Si es también una broma de las que gastas, es de mal género, camarada.

PUCK Perdonad, maestro.

CARP. No hay de qué, pero no te arregostes. Vaya, coloquemos este madero y hemos acabado.

PUCK Vamos allá... Me acordaré toda mi vida de esta faena.

CARP. Y harás bien, pero para otra vez, ya estarás más adiestrado.

PUCK ¿Otra vez?... ¡Ah! sí, sí, teneis razón. Otra vez marchará la cosa á las mil maravillas...

CARP. ¡Vaya! Ya está concluído. Da gusto verle ¿eh?

PUCK Sí, sí... mucho gusto, pero... vámonos.

CARP. ¡Vaya un valiente! Confiesa que te da miedo el pensar lo que va á pasar aquí... ¡Vamos! recoge tus herramientas y en marcha!

PUCK (*Bajo*). ¿Sin decir una palabra de consuelo á ese desgraciado?

CARP. No es posible... Está prohibido... Vamos, en marcha! (*Se dirige hacia la puerta; Puck le sigue mirando hacia la puerta del calabozo. El carpintero golpea en la puerta del fondo*). ¡Hola! ¡eh! Tened la bondad de abrir la puerta. (*Un carcelero abre la puerta del fondo y vuelve á cerrarla después que ha pasado el carpintero*).

PUCK (*Ya en la puerta*). ¡Caramba!... Me dejaba olvidada una herramienta... Esperad un momento, señor calabocero... (*La puerta se cierra. Puck se dirije á la del calabozo*).

ESCENA II

Puck y Vendôme

PUCK ¡Señor de Vendôme!

VEND. (*En el calabozo*). ¿Quién me llama?

PUCK Un amigo.

VEND. (*A la puerta, cargado de cadenas*). ¿Un amigo? Sois uno de los obreros que hace poco estabais armando esa máquina de tormento.

PUCK Miradme bien, señor de Vendôme. Si no me reconoceis por la voz, me reconocereis al menos por la cara.

VEND. ¡Señor Puck!

PUCK Prometí rehabilitarme y cumplo mi promesa. En Blois me faltó tiempo. Aquí poco he podido hacer, pero quizá contribuya á salvaros.

VEND. ¡Gracias, mi buen Puck! ¿Y mi esposa?

PUCK Está animada, resuelta á todo.

VEND. ¡Ah! ¡Mi pobre Juana!

PUCK Dentro de breves instantes vendrá, de orden del Rey, un notario encargado de levantar acta de vuestra última voluntad, por si el tormento que os espera tuviese un término fatal.

VEND. No moriré, no... No debo morir... Mi desventurada esposa me aguarda.

PUCK No os negueis á recibir al notario. Es muy adicto á vuestra persona y os juro que merece toda vuestra confianza.

VEND. ¿Y es el Rey, ó mejor dicho el Duque de Guisa quien me lo envía?

PUCK Os repito que... (*Se abre la puerta del fondo*). Alguien viene, entrad en vuestro calabozo. (*Vendôme se oculta*).

CARC. ¿Habeis recogido ya vuestras herramientas?

PUCK Ya voy... ya las tengo todas.

CARC. ¡Entonces en marcha! Creo que viene alguien.

PUCK En marcha. (*Cambia una mirada con Vendôme y sale*).

ESCENA III

Vendôme, el Duque, luego el Carcelero

VEND. (*Para sí*). Un notario... enviado por el Rey...

DUQUE (*En la puerta*). ¡Quedaos ahí! No necesito á nadie.

VEND. (*Aparte*). ¡El duque de Guisa! (*Alto*). Monseñor, no podía esperar...

DUQUE Señor de Vendôme, he querido tener á solas con vos una entrevista... ¡La última! si persistís en negar... No ignorareis que por orden del Rey y á su presencia vais á ser sometido al tormento.

VEND. En presencia de esa horrible máquina que acaban de montar, no me cabe la menor duda; pero confieso que no esperaba el alto honor de sufrir el tormento en presencia de Su Majestad el rey Francisco II. Sin duda os debo á vos tan alta distinción. Gracias, señor Duque; podeis estar seguro de que me mostraré digno de ella.

DUQUE Aún espero, señor de Vendôme, que podremos evitarle al rey tal espectáculo.

VEND. ¿Pues? ¿Habeis renunciado á esa prueba?

DUQUE Creo que no llegará el caso de emplearla con vos.

VEND. Pues no comprendo...

DUQUE Conozco vuestra energía y estoy convencido de que el tormento no os hará hablar.

VEND. Nuevamente os doy las gracias, monseñor.

DUQUE Pero lo que no podría conseguirse por la tortura, me precio de obtenerlo de vos...

VEND. ¿Por la persuación?

DUQUE Por la verdad, señor de Vendôme.

VEND. ¿La verdad?

DUQUE Oid. Conozco en sus menores detalles el secreto de la misión que estabais encargado de cumplir; conozco algo mejor que vos á la persona que os había confiado esa misión criminal.

VEND. ¡Monseñor!..

DUQUE He dicho criminal. Doblemente criminal, porque estaba dirigida no solo por conspiradores contra la paz pública, sino también por una madre contra su hijo... ¡Ahora bien! ¿Es posible que vos, vos, que sois un cumplido caballero, aprobeis el que para satisfacer su insaciable ambición de mando, la madre de un rey no vacile en encender la guerra civil, último medio á su alcance para arrebatar la corona que ciñe las sienes de su hijo?

VEND. ¡Monseñor!...

DUQUE ¡Hablad! ¿Qué respondeis?

VEND. Nada tengo que contestar.

DURUE Estamos á solas y de hombre á hombre. Vuestra conciencia puede darme una contestación sin temor alguno de que yo haga mal uso de ella. Pero esa contestación la leo en vuestros ojos. Vos pensais lo mismo que yo; sí, absolutamente lo mismo. Vos no podeis menos de juzgar que la conducta de esa madre es odiosa, que esa perpetua amenaza de guerras intestinas es intolerable, que ya es hora de acabar poniendo á esa conspiradora en la imposibilidad de dañar á quien debiera ser la primera en defender. Eso pensais. ¿No es cierto? Contestad. ¿Por qué no contestais?

VEND. ¡Pues bien, sí! Voy á contestaros, monseñor. Ignoro, no quiero saber si es la reina Catalina de Médicis la mujer que acabais de describir. Lo que sé es que á quien defendeis no

es al rey, sino vuestra causa. A quien servís no es al Estado, sino á vuestra ambición personal; y entre vos y el objetivo de vuestra ambición se interpone la madre de vuestro Rey. No espereis que salga de mis labios una sola palabra que pueda serviros de arma contra vuestra adversaria.

DUQUE ¡Señor de Vendôme!

VEND. Lo dicho, monseñor. Podeis llamar á los verdugos.

DUQUE Vendrán á la hora señalada por el Rey. De aquí á entonces, habreis reflexionado. Pensad que sois joven, que teneis una esposa que os adora y á quien vuestra muerte costará la vida.

VEND. ¡Monseñor!

DUQUE Reflexionad...

VEND. ¡Basta! Para dar principio al tormento, esperad que el Rey se halle presente.

DUQUE Os dejo, señor de Vendôme. Aún os queda media hora para reflexionar. (*Al Carcelero que se acerca*). ¿Quién es?

CARC. El notario del preso.

DUQUE Yo no he autorizado...

CARC. Es portador de una orden del Rey. (*Movimiento de asombro en Vendôme*).

DUQUE ¡Ah! (*Aparte*). ¿Qüé significa?

VEND. Si esta visita contraría vuestros designios, Monseñor, puede aplazarse...

DUQUE El Rey lo ha ordenado, y mi deber es someterme á su voluntad.

VEND. Afortunadamente para el Rey.

DUQUE ¡Caballero!... (*Al Carcelero*). Cumplid con vuestro deber. (*A Vendôme*). Hasta muy pronto, señor de Vendôme.

VEND. Hasta cuando os plaza, monseñor. (*El Duque se va*).

ESCENA IV

Vendôme, después Juana

VEND. El Rey ha dado esa orden sin consultar al Duque... ¡Si Francisco II desistirá!...

JUANA (*En la puerta, hablando al exterior*). Dejadme á solas con el preso; el Rey lo manda así. Esta es su orden. (*Entrega un papel al Carcelero*).

VEND. ¡Esa voz!

JUANA Soy el notario, monseñor.

VEND. ¡Juana! ¡Juana mía! ¡Tú!... ¡Tú aquí!

JUANA ¡Esposo mío!... mi vida!... ¡Oh! esas cadenas!... ¡Qué horror!

VEND. ¡Ingrato corazón el mío que no me dijo que eras tú antes de que hablaras!

JUANA Sí, soy yo, yo, que no quiero que mueras, yo, que quiero tu libertad. ¡Ah! ¡Qué cruel martirio estoy pasando hace un mes! Abandonada de todos, señalada con el dedo como mujer de un gran criminal...

VEND. ¿Abandonada de todos?... ¿Y la Reina Catalina?

JUANA Una hora después de tu prisión me envió á casa de mi padre.

VEND. (*Indignado*). ¡Ah! (*Después de breve reflexión*). No, no hay que culparla á ella. Rodeada de enemigos, toda prudencia es poca. Pero si todo el mundo te ha abandonado ¿cómo has podido obtener del Rey?...

JUANA No he conseguido ver al Rey... no he logrado ver á nadie... Todas las puertas se cerraban para mí. Ya desconfiaba de todo apoyo cuando un hombre vino á buscarme y me entregó esa orden del Rey en favor del notario... ¡Oh! ese hombre, nuestro único amparo, el último de quién yo me hubiera atrevido á esperar...

VEND. ¿Ese hombre?

JUANA Es el bufón de la corte, el señor Puck.

VEND. ¡Puck!... Y yo le he dejado marchar sin darle un abrazo! ¡Oh! Pero Dios permitirá que yo vuelva á verle ¡yo no moriré!

JUANA ¡Oh! no! no morirás. Sé por que estás aquí. He obligado al señor Puck á revelarme el secreto que quieren arrancarte... Este secreto tú no puedes confesarlo; pero á mi no me liga ningún juramento y...

VEND. ¡Juana!

JUANA ¡No quiero que mueras! ¿Qué me importa á mí la política? ¿Qué me importan las ambiciones de Catalina de Médicis? Lo único que me importa es que tú te salves, porque tú lo eres todo para mí, porque quiero tu vida y tu libertad... ¡Ay de la Reina si te pierdo! Nada la librará de mi venganza.

VEND. ¡Juana, Juana de mi alma! tu desvarias.

JUANA Soy tu esposa; yo no deseo más que tu vida y tu amor. Si te perdiese por culpa de la Médicis, yo no sabría más que odiarla y vengarme... Pero tienes razón... sí, desvarío... ¡Es imposible que la Reina consienta que vayas al suplicio!

VEND. ¡Silencio!... alguien llega.

JUANA Vendrán á arrancarme de tu lado. Yo no quiero separarme de tí... Me quedaré.

ESCENA V

Dichos, el Carcelero

CARC. Cuando hayais terminado con el señor notario, hay otra persona que desea veros.

VEND. No he concluído... y ya no espero más que al verdugo.

CARC. Esa persona es una dama y afirma que la esperais.

JUANA (*A Vendôme en voz baja*). ¡La Reina!

CARC. Y como trae una autorización en debida forma...

JUANA (*En voz baja*). Es tu salvación... No retardes...

CARC. Debo advertiros que esa persona desea veros á solas.

VEND. ¿Le habeis dicho que no estaba solo?

CARC. Nada he dicho; yo no digo nunca nada de lo que no tengo obligación de decir, ni me meto en los asuntos de los presos.

VEND. Podeis hacer entrar á esa dama.

CARC. (*Mirando á Juana*). Pero...

JUANA (*Arrojándole una bolsa*). ¡Silencio! Para la persona que va á entrar, el preso está solo.

Yo soy su notario y como tal el Rey me ha autorizado para asistirle en todo hasta el último instante.

CARC. Está bien, pero ocultaos... Ahí en ese calabozo. (*Va á la puerta*).

JUANA Gracias. (*A Vendôme*). ¡Valor! (*Entra en el calabozo*).

ESCENA VI

Vendôme, Juana, oculta, Catalina vestida de negro y cubierta con un velo

CAT. ¿No estabais solo, señor de Vendôme?

VEND. Ya veis, señora, que lo estoy.

CAT. (*Descubriéndose*). Entonces ¿por qué haceis esperar á vuestra Reina?

VEND. ¡Cómo! ¡Vos!...

CAT. Sí, yo, vuestra reina á quien quizá ya acusabais de haberos abandonado y que viene á salvaros.

JUANA (*Ahogando un grito*). ¡Ah!

VEND. ¿A salvarme, señora?

CAT. ¿Pudisteis pensar que yo os dejaría sufrir el tormento por mi causa? Mi poder es hoy bien escaso, pero aún basta para evitaros ese suplicio y devolveros la libertad.

VEND. ¡Mi libertad! ¿Vuestro hijo el Rey os ha concedido?...

CAT. El verdadero rey no es ya mi hijo, sino el duque de Guisa, y ya sabeis que implacable y mortal enemigo tengo en él.

VEND. Entonces, señora, no comprendo... Vos no teneis más que un medio de salvarme y consiste en relevarme de mi juramento; pero yo no lo puedo aceptar.

CAT. ¡Ah! con cuanta razón fiaba yo en vuestra lealtad! ¿A dónde no hubiera yo llegado con amigos como vos? No, no es ese el medio de salvación que os traigo. El que os ofrezco podeis aceptarle sin temor de comprometerme. Mañana, señor de Vendôme, os hallareis fuera de aquí.

VEND. ¡Mañana! Pero mis verdugos deben llegar de un momento á otro...

CAT. Tendrán que volverse como habrán venido. No se somete al tormento á un cadáver.

VEND. ¡Un cadaver! ¿Me traeis, pues?...

CAT. Tranquilizaos. ¡Ah! ¡Que bien revela vuestra exclamación que amais la vida! Aún cuando no fuera por mí, tengo motivos para sustraeros á todo sufrimiento... No os disculpeis. Sois joven y amais... No, no os traigo la muerte, sino el reposo y la libertad. Acordaos de vuestro padre, de aquel simulacro de muerte que le salvó de la muerte real...

VEND. ¡Ah!

CAT. He aquí un narcótico igual al que entonces envié á vuestro padre... Como él, vais á beberlo y caereis en un sueño tan parecido á la muerte, que vuestros verdugos creerán hallarse en presencia de un cadáver. Mañana, vuestro cuerpo será entregado á vuestra esposa y volvereis á la vida al calor de sus besos.

VEND. ¡Señora!

CAT. ¿Os hallais dispuesto á beber este narcótico?

VEND. Bendiciendoos.

CAT. Tomad. (*Vendome titubea*). ¿Qué teneis?... ¿Dudais acaso?

VEND. Pienso en mi esposa.

CAT. Tranquilizaos. Dentro de breves instantes, enterada por mí, quedará tranquila también.

JUANA (*En voz baja desde la puerta del calabozo*). ¡Bebe!

VEND. (*A Catalina*) ¡Gracias! ¡Dios vele por Vuestra Majestad! (*Bebe*).

CAT. (*Aparte*). ¡Por fin!

VEND. Apenas acabo de beber... y ya siento un frío mortal que invade todo mi cuerpo.

CAT. Es el sneño libertador que se apodera de vos .. Dormid en paz...

VEND. Sí... el letargo... ¡Oh!... este frío!... este frío que me hiela... El sueño libertador... parecido á la muerte... ¡Dios de misericordia!... ¡Esposa mía! ¡Ah! (*Cae muerto*).

JUANA (*Aparte*). ¡Cielos! (*Catalina se inclina sobre

el cadáver y, después de cerciorarse de la muerte, levántase diciendo).

CAT. ¡Ahora sí que tengo la certeza de que no hablarás!

JUANA (*Aparte*). ¡Dios mío!

CAT. ¡Ah! ¡insensato! ¿Y pudiste imaginarte que yo dejaría vivir al hombre que con una sola palabra podía perderme? ¿Y para que necesitabas vivir? ¿Para hacer dichosa á la mujer que me preferiste? En tu muerte hallo á un tiempo mi salvación y mi venganza. ¡Juana de Estissac... ya eres viuda! (*Juana se precipita á la escena alocada*).

JUANA ¡Ah! (*Se arroja sobre el cuerpo de Vendôme*). ¡Muerto!... ¡Muerto!... (*Catalina se echa el velo y se retira*).

CAT. ¿De dónde sale ese joven?

JUANA (*Levantándose*). ¡Le habeis asesinado!

CAT. ¡Juana de Estissac!

JUANA ¡Reina ingrata!... ¡Reina maldita!... ¡Reina condenada!... ¡Huyes en vano... yo sabré encontrarte! ¡Ah! él no hablará, pero hablaré yo y pregonaré tus crímenes, y á mi vez he de gozarme en tu perdición y en mi venganza. (*En un acceso de locura*). ¡Ah! ¡ah! ¡ah!... tu perdición! tu perdición!... ¡Vete!... ¡vete!... (*Volviendo junto á Vendôme*). ¡Francisco mío!... ¡Esposo de mi alma!... (*Arrojándose otra vez sobre él*). ¡Muerto!... ¡Muerto!... (*Carcajada*). ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!... ¿Quién dice que ha muerto?... Vive... sí, vive... y vamos á irnos á nuestro rinconcito de Turena... al nido de amor que me tiene prometido... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!...

CAT. ¡Ha perdido la razón!... ¡Ah! ¡Ella loca!... ¡El muerto!... ¡El rey puede venir!

FIN DEL ACTO SEXTO



ACTO SÉPTIMO

Espaciosa antecámara real. En el fondo la alcoba del Rey, cerrada por grandes cortinajes.

ESCENA PRIMERA

Maria Estuardo, Puck

MARÍA — No estoy de humor para escuchar vuestras locuras... El estado del Rey se ha agravado aun más esta noche.

PUCK — Señora, yo quería hablaros de nuestro querido país, de nuestra amada Escocia.

MARÍA — ¡Qué me importa hoy la Escocia! Lo que me preocupa es la Francia; el que me inquieta es el Rey.... Evitadme esos dolorosos recuerdos... Aquí llegan mis tíos. Dejadme sola con ellos.

PUCK — Ya os dejo, señora. (*Se dirige hacia la puerta, apartándose para dejar paso al Duque y al Cardenal.*)

ESCENA II

María Estuardo, el Duque, el Cardenal

DUQUE — ¡Por todas partes he de encontrarme á ese loco!... ¿Cuándo me librareis de él, señora?

MARÍA — No me atrevo á despedirle... Me vaticinaron

que yo saldría de Francia al mismo tiempo que él.

CARD. Bien deberíais, augusta sobrina, dejar esas supersticiones para las mentes italianas... ¿Cómo se encuentra el Rey?

MARÍA Ahora descansa pero ha tenido una crisis terrible, y el aspecto preocupado de los médicos que le asisten, me ha hecho temblar.

DUQUE Son unos ignorantes. El señor Paré va á venir. ¿Quereis encargaros de preparar al Rey para recibir su visita?

MARÍA El Rey no tiene confianza en él.

DUQUE El Rey seguirá vuestro consejo, y por mi salvación os aseguro que Ambrosio Paré puede curar á vuestro esposo.

MARÍA Voy á hablarle. (*Sale por el fondo.*)

ESCENA III

El Duque, el Cardenal

CARD. Ella ha obedecido, el Rey cederá; pero me pregunto, hermano mío, si conviene á nuestra política el paso que damos.

DUQUE Si Ambrosio no opera al Rey, éste muere de seguro, y entonces no nos queda más recurso que regresar á Lorena.

CARD. ¿Lo creeis así? Entonces ¿de qué nos sirve tener de nuestra parte al clero, al ejército, á los potentados, á todo el reino, en fin, á excepción de esas malditas partidas de calvinistas que podeis aniquilar cuando se os antoje?

DUQUE Esas partidas nos hacen frente, hermano mío, y de todo el reino llegan malas noticias. Los prisioneros de Tours se escapan, después de haberlo hecho los de Blois; el Príncipe de Condé se burla de nosotros; Coligny nos reta; Montmorency alistra tropas...

CARD. Y aún olvidais el alma de estas sublevaciones, la cabeza que debiera ser cortada la primera, Catalina de Médicis á quien ya debierais haber desterrado... Aún podeis hacerlo.

DUQUE No. El Rey exigía pruebas concluyentes y el hombre á quien yo iba á arrancar una confesión decisiva murió en su calabozo un cuarto de hora antes de ser sometido al tormento.

CARD. Es verdad... ¿Pero esa muerte no constituía por sí sola una confesión?

DUQUE El Rey no la admitió. El preso murió envenenado. Encontraron á su esposa junto al cadáver. El Rey se obstinó en creer que fué ella quien procuró el veneno á su marido á fin de evitarle el tormento y el cadalso.

CARD. Debisteis detenerla, interrogarla, hacerla hablar.

DUQUE La infeliz había perdido la razón. ¿Quién hace hablar á los locos?

CARD. No importa. La cuestión era quitar de enmedio á la italiana.

DUQUE ¡Silencio! Ahí viene nuestra sobrina.

ESCENA IV

Dichos, María Estuardo

MARÍA (*Entrando*). Ambrosio Paré puede venir; el Rey le recibirá en presencia de sus médicos de cámara.

DUQUE Voy á hacer que le avisen. (*Se dirige hasta la puerta*).

MARÍA ¿Luego es cierto que la consulta urge?

CARD. Jamás será demasiado pronto para aliviar al Rey y devolverle la salud.

MARÍA Sgún parece teneis plena confianza en Paré.

CARD. Confianza absoluta.

MARÍA ¿Á pesar de que es calvinista?... ¿Á pesar de que es vuestro enemigo?

CARD. Ante todo es un hombre honrado. Nada temais. Todo lo hemos previsto.

DUQUE (*En la puerta*). Entrad, Doctor... la Reina tiene á bien recibiros y el Rey os espera.

ESCENA V

Dichos, Ambrosío Paré

MARÍA (*Á Paré*). Señor, cediendo á los consejos de mis muy amados tíos, que saben apreciar vuestra ciencia, he decidido confiaros la vida del Rey... ¿Me aseguráis que vivirá?

PARÉ No puedo responder de nada, Señora, antes de ver al augusto enfermo.

MARÍA Es justo... ¿Pero al menos me prometeréis hacer todo cuanto os sea posible para conservar su vida?

PARÉ Señora, tengo sesenta años y mi conciencia no me acusa de haber dejado morir á ningún enfermo sin haber apelado á todos los medios posibles para salvarle.

MARÍA Venid, Doctor.

DUQUE ¿Nos permitís asistir á esta consulta?

MARÍA Os lo iba á suplicar. (*Sale por el fondo seguida de Paré*).

CARD. (*Bajo al Duque*). Ante todo, lograd obtener del Rey la orden de destierro para su madre.

DUQUE ¿En tal ocasión?... ¿Os parece que el momento es oportuno?

CARD. El momento es crítico y si no lo aprovechais para alejar á la italiana, os arrepentiréis de vuestra debilidad. (*Salen por el fondo*).

ESCENA VI

Renauville, Pardaillan, Chesnaye, Maillé-Brézé, Caballeros, luego Puck. Al final Romanesco.

RENAU Podeis pasar caballeros, pero hablad bajo; no turbemos la consulta.

MAILLÉ Perdonad, caballero... ¿Con quién tengo el honor?...

RENAU (*Presentándose*). Renauville, primer gentil hombre de monseñor el Duque de Guisa.

MAILLÉ ¡Ah! ¿Sois el sucesor de Richemond? Os deseo que conservéis el destino más tiempo que él.

RENAU Lo procuraré. (*Sube hasta la puerta de la alcoba*).

MAILLÉ (*A los demás*). ¡Vaya un fin que tuvo ese pobre Richemond!... Aun no he logrado explicarme...

PARD. Pues no necesita explicación. Tu mismo viste ahorcado á ese diablo de hostelero.

MAILLÉ Sí, pero el hostelero juró y perjuró que era inocente hasta el último momento.

AUBIG. Y hasta jugó al señor Puck la mala pasada de acusarle de la muerte de Richemont. (*Entra Puck*).

PARD. ¡Pobre Puck!... Afortunadamente para él, su acusador se había olvidado de hacer desaparecer la bolsa que acababa de robar á Richemont... ¡Ah¡ ¡Esos hosteleros de camino real!...

MAILLÉ No conocíais bien á ese bandido, señor de Pardaillan; yo tengo motivos para creer que no era el primer gato que desollaba.

AUBIG. ¡Ah! ¿Creéis que ese hombre?...

MAILLÉ Tengo la certeza de que fué uno de los matones que acometieron á mi desgraciado primo Vendôme en aquella emboscada de la plazuela de Tejedores.

TODOS ¡Ah!

MAILLÉ Yo me pierdo en conjeturas, porque se me antoja que la ahorcadura del hostelero tiene relación con aquella emboscada.

PUCK Es muy posible que tengais razón, señor de Maillé. En este mundo no hay deuda que no se pague, y ese hostelero ha pagado juntas todas las que tenía hechas. Al fin dió cuenta de sus robos, de sus infamias y de sus crímenes.

PARD. Que era por lo recargada, una verdadera cuenta de hostalero... (*Risas*).

RENAU ¡Señores! Olvidais que el Rey está grave y que desde su cámara os puede oir. (*Vuelve á la puerta*).

MAILLÉ Tenéis razón. Decidnos, señor Puck, vos que sabeis todo cuanto aquí ocurre, ¿es cierto que el Rey está tan grave como dicen?

PUCK Han llamado á Ambrosio Paré. (*Movimiento general*).

MAILLÉ ¿Al Doctor Paré?

PUCK Sí; y á propósito, señor Maillé, si mal no recuerdo, sois primo de la viuda de Vendôme? ¿Podríais darme noticias de ella?

MAILLÉ Hace ya días que no la veo.

PARD. ¿Y continúa?...

ROM. ¡Su Majestad la Reina Madre! (*Catalina entra. Los caballeros se apartan*).

ESCENA VII

Dichos, Catalina, Romanesco

CAT. (*A Romanesco, en la puerta*). Corre á decir al gran Canciller y al Condestable que vengan inmediatamente. (*Romanesco se va*). (*A los caballeros*). ¡Y bien! ¿qué novedades hay en Palacio? Me han asegurado que el Doctor Ambrosio Paré ha sido llamado á consulta...

RENAU Consulta que está celebrándose en este momento, señora.

CAT. ¡Ah! (*Se dirige al fondo y se detiene*). Si no me engaño, sois el señor de Maille-Brézé...

MAILLÉ Para servir á Vuestra Majestad.

CAT. ¿Cómo está vuestra prima, la desventurada viuda de Vendôme? ¿Todavía loca?...

MAILLÉ Por desgracia, sí señora; y me temo que no vuelva á recobrar la razón.

CAT. ¡Ah! No dejéis de tenerme al corriente de su estado; ya sabeis que me intereso vivamente por ella. (*Pasa por delante de los caballeros que se inclinan. Aparte*). ¡Ay de mi si su locura no fuese incurable! (*Entra en la alcoba*).

ESCENA VIII

Dichos, menos Catalina

PUCK Caballeros, la Reina Catalina anda tan preocupada con el mal estado de salud de su hijo, que se le va la cabeza...

PARD. ¿De dónde sacais eso, señor Puck?

PUCK De que se olvida de disimular lo que piensa, al extremo de deciros la verdad. Efectivamente, se interesa en grado sumo por el estado de la viuda de Vendôme...

CHES. ¿Bien y qué? ¿Teneis algo que tachar en ese interés?

PUCK ¡No!... ¡nada!... al contrario... Pero si el pobre Vendôme resucitara... ¡Si, al menos, su viuda recobrase la razón!... ¡Ah! entonces, señores mios, ¡qué historia tan interesante podriais oir de sus labios! Y... ¡quién sabe!.. Quien sabe si llegará un día en que la pobre viuda recobre el juício! .. ¿No le recobro yo, cuando quiero? y sin embargo me llaman el loco de la corte.

PARD. ¡Qué vais á recobrar!

CHES. El señor Puck no tiene cura.

RENAU Abrid paso ¡señores! Salen de la cámara real. (*Todos se apartan. Luego se retiran á una señal del Duque*).

ESCENA IX

El Duque, el Cardenal, Ambrosio Paré, un Médico, Catalina, María Estuardo

MARÍA Hablad, doctor, y no olvideis que estais en el deber de decirme la verdad.

PARÉ Os la diré, señora. El Rey padece un absceso en el cerebro. Su estado exije la inmediata operación del trépano.

MARÍA ¡Cielos!

CAT. ¡Semejante operación!

PARÉ Es la única esperanza, pero así yo respondo de salvarle...

MARÍA ¿Con vuesta cabeza?

PARÉ ¡Con mi cabeza! Que me den la orden de operar... estoy dispuesto.

MARÍA (*A Catalina*). Señora, mi corazón, como el vuestro, se desgarra á la sola idea de tal operación, pero es preciso ante todo que el Rey viva... Os ruego deis la orden que el doctor espera.

CAT. ¿Cuál es la opinión del médico de cámara?

MÉD. Yo no veo la necesidad de la operación.

PARÉ Luego poneis en duda la exactitud de mi diagnóstico?...

MÉD. No la discuto.

PARÉ ¡Entonces! ¿Reconoceis la existencia del absceso que al inflamarse ha de ocasionar la muerte y negais la necesidad de la operación, único medio de atajar el mal?... Pensad, señor, que ante Dios y ante los hombres asumís la responsabilidad de vuestra opinión.

MARÍA (*A Catalina*). Señora, os lo ruego, dad la orden que solamente vos podeis dar.

CAT. (*Aparte*). ¡El vaticinio de la hechicera! Y soy yo quien... ¡Oh! ¡no!... (*Alto*). Señor Paré; apelo á vuestra conciencia... ¿Estais seguro?...

PARÉ Respondo de salvar al Rey.

CAT. (*Cediendo*). Entonces... Pero ¿qué gritos son esos? (*Se oyen dentro los primeros gritos de Juana, que aparece luego en la puerta*).

ESCENA X

Dichos, Juana, Maillé-Brézé, Renauville

JUANA ¡Dejadme entrar!... ¡Quiero pedir justicia al Rey!... ¡Justicia!

CAT. (*Aparte*). ¡Ella aquí!...

MAILLÉ ¡Prima mía!...

RENAU. (*Deteniendo á Juana*). Después, señora... El Rey no está en situación de atenderos.

JUANA ¡Después!... ¿Pero cuándo?... Ya hace demasiado tiempo que la envenenadora. (*Maillé-Brézé la hace salir vivamente hablándole bajo*).

CARD. (*Al Duque, en voz baja*). ¡Hermano mío, la habla!...

DUQUE Renauville; haced que espere la señora viuda de Vendôme; el Rey la oirá más tarde. (*Movimiento en Catalina, Renauville sale á ejecutar la orden*).

ESCENA XI

Dichos, menos Juana, Maillé-Brézé y Renauville. Luego Romanesco

PARÉ (*A Catalina*). Ibais, señora, á darme la orden que solicito... os ruego que no la retardeis por más tiempo .. Los instantes son preciosos...

CAT. No estoy completamente convencida, señor Paré...

MARÍA Señora...

CAT. No puedo asumir la responsabilidad de esa operación.

DUQUE ¡Entonces preferís asumir la de la muerte de vuestro hijo?

CAT. ¡Señor Duque!... (*Romanesco anunciando*).

ROM. Señora, ¡el Gran Canciller!

CAT. Que entre. (*Romanesco desaparece*).

DUQUE (*Aparte*) ¡Ah! Convocó al maestro de ceremonias.

CARD. (*Al Duque en voz baja*). Aún es tiempo... ¡Haced prender á la italiana!

DUQUE (*Bajo al Cardenal*). El Rey vivirá.

ESCENA XII

Dichos, el Gran Canciller

CAT. (*Al Gran Canciller*). Señor Canciller... sois el mejor y el más antiguo de los servidores del Trono, y os hice llamar á fin de exponeros la situación y pediros consejo. El doctor Ambrosio Paré acaba de examinar el estado del Rey y opina que la única salvación consiste en hacer la arriesgada operación del trépano. (*Movimiento de sorpresa en el Canciller*).

DUQUE Dignaos añadir, señora, que el Doctor responde del resultado de la operación, ó sea de la salvación del Rey.

CAT. El médico de cámara de mi hijo, el único facultado para decidir, es de contraria opi-

nión... Entre ambos pareceres vacila mi conciencia de reina y tiembla mi corazón de madre.

MARÍA Yo pido... yo suplico que permitan al Doctor que salve á mi Rey... ¡Lo suplico y, si es necesario, lo mando! ¡Yo también soy Reina!

CANCI. En el caso presente, mi deber me obliga á hacer constar la voluntad de Su Majestad la reina madre y recordar que no debe prevalecer otra alguna.

CARD. (*Al Duque en voz baja*). ¡Haced amordazar á ese imprudente!

DUQUE Señor Canciller, en virtud de los plenos poderes que me han sido conferidos por el Rey, os relevo de vuestro cargo.

CANCI. ¡Monseñor!

DUQUE Acabais de hacer traición á vuestro Rey. Dad gracias á Dios de que no os haga prender. (*Entra Montmorency, seguido de gentes de armas*).

ESCENA XIII

Dichos, Montmorency, otro Médico, todos los Caballeros de la escena 6.ª, Puck y Guardias

MONTM. ¡Un momento!

DUQUE ¿Qué significa?

MONTM. ¡Esperad! Me toca á mi hablar. ¡Basta ya, señores de Guisa! Habeis podido quitarme mi espada de Condestable, atentar á la vida del príncipe de Condé, hacer que se sospeche de toda la nobleza de Francia, destituir, en fin, al Gran Canciller del Reino, pero no tocareis á la cabeza del monarca. Preciso es poner coto á tanta osadía. Fuera del combate, la cabeza de nuestros reyes es sagrada. Y si intentais llevar á efecto la operación propuesta por el doctor Paré, á fe de soldado os juro...

DUQUE ¿Me amenazais?... ¡Guardias!...

MÉD. 1.° (*A quien el 2.° hablaba en voz baja*). Señores; mi compañero acaba de decirme que el Rey

llama al doctor Paré... Hay que someterse á la voluntad del Rey.

MARÍA (*A Paré*) ¡Venid!

DUQUE (*A Paré*). El Rey lo manda... ¡Obedeced!

PARÉ (*A María Estuardo*). Señora, no es conveniente que asistais á la operación...

MARÍA ¿Temeis que el valor me falte?

PARÉ Temo la impresión que vuestra presencia podría causar al enfermo.

MARÍA ¡Ah! entonces me quedo... ¡Id pronto! (*Paré se va con los médicos*).

ESCENA XIV

Dichos, menos Paré y los Médicos

MONTM. Exijo que se haga constar mi protesta.

DUQUE Senor, nadie trata de disputaros la responsabilidad. Rogad á Dios que no tengamos que lamentar el tiempo perdido por culpa vuestra! (*Vuelve el doctor Paré*).

ESCENA XV

Dichos, el doctor Paré

PARÉ ¡Ya es tarde!

MARÍA ¡Ah! (*Medio desfallecida, Puck la sostiene*).

PARÉ Se ha presentado el derrame... (*Espectación general*). El Rey va á morir... El Rey se muere.

CAT. ¡Gran Dios! (*El Duque y el Cardenal acuden apresuradamente al fondo y descorren los tapices. Los dos médicos se encuentran de pie á los lados del lecho. El Rey se incorpora para hablar; después no pudiendo sostenerse, cae y expira. En los teatros donde, por escasez de compañía, el actor encargado de este personaje represente otros papeles, puede suprimirse la escena muda de la muerte y hacer figurar al Rey, ya muerto, por un comparsa*).

MARÍA ¡Ah! ¡Mi Rey! ¡Mi esposo!... (*Se yergue y se dirije alocada á Catalina*). ¡Señora! ¡Habeis sido causa de la muerte de vuestro hijo!

CAT. La causa ha sido vuestro excesivo amor... Mañana volvereis á reinar en Escocia.

MARÍA ¡Oh! mi rey! ¡Mi hermosa Francia!

PUCK ¡Señora!...

MARÍA (*A Puck*). Bien presentiais esta mañana que nos sería forzoso partir.

UN HER. ¡El Rey Francisco II ha muerto!

LOS CAB. ¡Viva el rey Carlos IX!

CAT. Señor de Guisa; hasta la mayoría de mi hijo Carlos, soy Regente de Francia. Os relevo de vuestro cargo; y si quereis seguir á vuestro nuevo aliado señor Ruggieri, habreis de ir hasta Florencia, para cuyo punto va á recibir su pasaporte... ¡Señor de Maillé-Brézé; vuestrá prima, la viuda de Vendôme... si es cierto que ha recobrado la razón... puede venir á reclamar justicia!... Ahora, señores, dejadme entregar á mi dolor de madre. (*Va y se arrodilla junto al lecho mortuorio mientras baja el telón*).

FIN DEL DRAMA

Obras dramáticas de J. B. Enseñat

Piezas en un acto, originales, editadas por la casa Bouret, 23, rue Visconti, París.

La pendiente del vicio.—El primer premio.—La fea.—El pastelero de Su Majestad.—Educar por lo fino.—Agustina.—La gratitud.—El púlpito del diablo.—El amor de Dios.—La niña mimada.

Obras publicadas en un tomo, edición de lujo, por la casa Garnier Hermanos, 6, rue des Saints-Pères, París.

La abuela, comedia lírica, en tres actos y en verso, música del maestro Mayet, intercalada en el texto.—**No hay mal que por bien no venga**, proverbio en tres actos y en verso.—**La granja**, comedia en tres actos y en prosa.—**Contra soberbia...** comedia en tres actos y en verso.—**Bien por mal**, comedia en un acto y en verso.—**Una charada**, juguete en un acto y en prosa.

Obras impresas ó representadas en España:

En un acto: **Entre el amor y la dote.—Los héroes de Puigcerdá.—La justicia de Dios.—No más crisis.—¡Qué no se entere el marido!—¡Qué no s' enteri el marit!**—(versión catalana, en colaboración con D. Luis Millá). **Dos per una.**

En tres ó más actos: **Tritón, ó un bandido del gran mundo** (5 actos) —**Esmeraldina** (7 actos).—**La Bandera** (6 actos). **El ingenio** (3 actos).—**Los dos pilletes,** adaptación (8 cuadros). —**El maestro de armas**, adaptación (8 cuadros).—**La mendiga de San Sulpicio,** adaptación (9 cuadros).—**Catalina de Médicis** (7 actos).—**La mestra,** adaptación catalana (3 actos).—**La baraja del crimen,** adaptación (7 actos).

En francés: **La gran-via**, opereta en un acto.—**La chula,** opereta en un acto.



Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en las principales librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca de la contraseña del autor.

